

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 732.

## SUMARIO.

**Candia : heroica defensa del convento de Arcadi;** grabados. — **Revista española.** — **Apertura de las Cámaras moldo-valacas;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesia:** á la distinguida poetisa señorita Clotilde Príncipe. — **Un suicidio.** — **Los montañeses de los Vosges;** grabados. — **Crichton.** — **Funerales de Su Eminencia el cardenal Gousset;** grabados. — **Escenas del invierno: Un emigrante sorprendido por la nieve,** por Bodmer; grabado. — **Revista de la moda.** — **La Marquesa de Pinares.** — **La loteria en Roma;** grabado.

## Candia.

### HEROICA DEFENSA DEL CONVENTO DE ARCADÍ.

Vamos á consignar aquí un hecho memorable, cual es el de la heroica defensa del convento de Arcadi.

El origen de este convento remonta, segun los unos, á Heraclio, emperador de Roma en el siglo sétimo de la era cristiana, y segun otros, al emperador de Oriente Arcadio, que reinaba en el cuarto siglo despues de Jesucristo, y el cual le habria dado su nombre. Hallábase situado en el revés meridional del Ida á 489<sup>m</sup> sobre el nivel del mar y á 2,000 mas abajo de la cima de ese monte tan célebre en la antigüedad. En la edad media servia de academia de ciencias y artes adonde afluián alumnos de todas las partes del Oriente y del Occidente. Los moros de España, los venecianos, Kyprouli, el conquistador turco de Candia, los genizaros y hasta los árabes durante la guerra de la independencia helénica, de 1821 á 1823, le habian respetado como un asilo en el que los viajeros y los menesterosos de todo país y religion hallaban gratuitamente el descanso y los socorros mas urgentes. Enriquecido por los muchos dones de los fieles que le visitaban,

subvencionaba escuelas, enviaba jóvenes á estudiar al extranjero, formaba pintores y bordadores de estampas y objetos sagrados, se ocupaba en agricultura, así como en la cria del ganado, con tanto celo como inteligencia.

Nuestro dibujo, exactamente copiado de una fotografía da cabal idea del teatro del memorable acontecimiento que llena hoy de entusiasmo á las poblaciones griegas.

Hé aquí la mejor relacion que podemos dar de semejante hecho, el parte de la asamblea cretense sobre la toma de Arcadi al comité central de Atenas.

Dice así :

« El convento de Arcadi ha sido siempre la residencia del distrito de Retimo, el depósito de municiones y viveres, y un lugar de refugio para muchas familias. El coronel Coroneos instaló allí su cuartel general, bajo las órdenes del comandante de plaza Dimakopoulo.

» Los miembros del comité reuridos en el convento,

y viendo que iba á ser atacado por Mustafá-bajá, escribieron á toda prisa al capitán de Mylopotama, Miguel Skoula, pidiéndole refuerzos, y Skoula les envió al punto su hermano Manuel, ayudante y secretario de este distrito con las fuerzas siguientes :

» Señores G. y A. Brasse, con nueve combatientes del distrito de Anoja; Jorge Parasiraki, con diez y seis hombres de Lakus; John Spaki, con sus primos Demetrio y Nicolás Kelino; Miguel Krari y G. Trussi, con veinte y cuatro hombres de Sivadi.

» Apenas se unieron estos refuerzos á la guarnicion de Arcadi, cuando un ejército numeroso mandado por Mustafá-bajá vino á sitiar el convento en la noche del 19 de noviembre. Los defensores, que minaron á toda prisa las dos puertas del edificio, bajaron por encima de las murallas al sacerdote Nicolás, que fué enviado á pedir socorros fuera. Este sacerdote descargó su fusil al pasar por en medio del ejército turco en las tinieblas.

» Creyendo los turcos que el disparo habia sido hecho por algun musulman indigena, hicieron fuego sobre estos y mataron á seis. El sacerdote hallándose fuera de las líneas enemigas, hizo dos disparos mas para anunciar á sus amigos que se habia librado de los turcos. Este incidente aumentó la vigilancia de los turcos, y desde entonces ya fué imposible que ningun sitiado se escapara.

» 20 de noviembre. — Los turcos han emprendido un ataque vigoroso y desesperado, y no ha sido menos enérgica la resistencia. Tres veces los cretenses musulmanes llegaron á asegurar al bajá que no era posible tomar Arcadi. Tres veces se notificó á los sitiados que se rindieran y siempre se negaron.

» Un corto destacamento de Mylopotama que estaba fuera, tuvo la audacia de atacar á los turcos, no obstante su inferioridad numérica; pero fué rechazado hasta Margaritas. El coronel Coroneos, aunque no estaba distante del convento, no pudo acudir á su defensa, por causa de la súbita aparicion del enemigo y por el mal tiempo.

» Un singular fenómeno tuvo lugar en el convento y en sus inmediaciones; no llovia, en tanto que allí donde estaba Coroneos, caia un aguacero. Temiendo Mustafá-bajá, por una parte el desaliento, y viendo



El padre Gabriel, prior del convento de Arcadi.

por otra parte que sus pequeñas piezas de artillería eran inútiles, y recelando también la llegada de refuerzos de los cristianos de las cercanías, se apresuró á escribir á Retino para invitar á todos los creyentes á que viniesen en su ayuda con caballería pesada. Entonces tuvo lugar un hecho desesperado que duró toda la noche del 20 al 21.

» Habiendo colocado el enemigo la gruesa artillería cerca de la puerta principal del convento, la batió en brecha así como una parte de la muralla. Desde aquel instante hubo asalto sobre asalto. El enemigo tuvo que replegarse muchas veces; pero los soldados turcos, amenazados por las cimitarras de sus oficiales, volvieron tres veces á la carga, hallando á sus piés los montones de cadáveres de sus compañeros, á fin de penetrar por la brecha. Los defensores del convento arrojaron sobre los turcos barriles de pólvora con cohetes, y de aquí resultaron pérdidas terribles para los agresores. En la noche del 21 los turcos pudieron por fin penetrar en el convento.

» La vista del campo de batalla era espantosa. Después de una lucha de muchas horas en el patio del convento, la parte oriental de este edificio voló, pues la habían minado los insurrectos, y un crecido número de agresores perecieron en las ruinas.

» Muchas mujeres se arrojaron á las llamas voluntariamente. Los que sobrevivieron ejecutaron una salida con el sable en mano, cayeron sobre las tropas turcas irregulares y mataron á muchos. Entre las mujeres que no habían tenido tiempo de seguir el ejemplo de las que se habían arrojado en las llamas, unas fueron degolladas y otras quedaron prisioneras. El combate había cesado, y el silencio y la muerte reinaban entonces en el convento.

» Los refuerzos enviados por Coroneos y la guarnición que se elevaba á 250 hombres, el personal del convento con el *hegounenos*, que también era presidente del comité de Retimo, y una parte del comité, entre otros Manuel Melissote, diputado de Mylopotama á la Asamblea general, 100 mujeres y niños fueron muertos ó volaron, excepto un corto número de personas.

» En medio del silencio y de la muerte, algunos combatientes de Mylopotama, en una celdilla que aun se sostenía, resistieron hasta el medio día del 21; mas habiendo gastado sus municiones, prefirieron volar en la celdilla á rendirse al enemigo.

» El enemigo, furioso por haber perdido tanta gente, se entregó á numerosos ultrajes sobre los pobres cristianos prisioneros; muchos fueron despedazados y otros mutilados, entre ellos Jorge de Vitari y otros cuyos nombres ignoramos. Dicese que Mustafá-bajá no pudo contener sus lágrimas cuando visitó el teatro de tan horrible catástrofe.

» La ciudad de Retimo ha perdido en la batalla 250 hombres, y entre ellos el famoso Sparthaki-bey. El enemigo ha tenido mas de 2,000 hombres muertos y unos 1,000 heridos. Los pozos de las inmediaciones, las cisternas del convento y todos los barrancos cerca del convento se hallaban llenos de cadáveres. Mustafá-bajá está furioso porque esta victoria le ha costado tan cara; esperamos á Coroneos que nos dará mas completos por menores.

» La Europa, que ve con ojos indiferentes nuestro drama, ¿no se interesará con tanto heroísmo y no simpatizará con una población entera que se ofrece en holocausto para comprar su libertad? »

A esta relacion oficial añadiremos lo siguiente :

El prior Gabriel, que ha presidido á esta heroica defensa, era natural de Retimo, y tenía sobre setenta y cinco años. Tomó las órdenes en este mismo convento. En los primeros dias de la revolucion griega (1821), Gabriel fué uno de los que se entendieron con los Sfaikiotas, para hacerlos entrar de noche en el convento y atacar con ellos á los turcos que se habían posesionado de él anteriormente. Este suceso, que produjo entonces gran sensacion en la isla, y animó en alto grado el ardor helicoso de los cretenses, no permitió ya sin embargo que los padres permanecieran en el convento, y les obligó á retirarse á las alturas del monte Ida. Entonces la comunidad pidió á Gabriel que viajase por Europa para excitar el celo de todos los amigos de su causa, y con este motivo visitó la Francia, país por el que había tenido siempre vivas simpatías. De vuelta en su convento, donde fué llamado « amigo de los franceses, » le eligieron prior despues del fallecimiento del último titular, y ocupó este puesto hasta el dia en que quedó gloriosamente sepultado en las ruinas de su convento.

H. C.

### Revista española.

Un recuerdo á los ausentes. — Funciones de Pascua. — Una comedia en la que está retratado el tipo del maldiciente. — Cómo se canta la palinodia. — Un *sarao* y una *soirée*. — Bosquejo de una tertulia de confianza hecho por un paciente. — Contrariedades. — Un caballero que pide las habaneras. — Moraleja. — Novedades literarias. — Un cuadro de la última Nochebuena. — Un pobre artista. — Todavía hay amor.

¡Un año mas!

Gracias á Dios que nos conserva la vida, vamos siendo ya antiguos amigos, y esta amistad me hace desear

para mis lectores que el año que va á empezar mañana sea uno de los mas felices de su vida.

Aquí se han celebrado las últimas fiestas con poca animacion. ¡Son tantas las familias que viven ausentes de los seres mas queridos de su corazón!

Yo que no soy político, pero que tengo amigos en los que siempre piensa mi alma, no puedo menos de enviarles desde aquí un cariñoso apretón de manos.

Los teatros han estado muy animados estos dias. Desgraciadamente las obras han valido poco, si se exceptúa un drama de Hurtado y Nuñez de Arce, titulado *la Jota Aragonesa*.

De él hablaré despacio en mi próxima revista. En esta voy á dar cuenta á mis lectores de una comedia que se ha representado en el teatro del Principe con el título de *Quien siembra vientos...*

El señor Ortiz de Pinedo, su autor, ha querido presentar en escena el tipo del maldiciente, del hombre que sacrifica lo mas sagrado del chiste, del que es á un tiempo temido y despreciado por su lengua mordaz; ese tipo que atraviesa triunfante los salones, que es recibido con entusiasmo en los cafés y en todas partes por los que le temen, y vilipendiado cuando desaparece por todo el mundo.

Era una figura que reclamaba la escena: hoy mas que nunca se encuentra en todo su apogeo, hoy mas que nunca era necesario sacarle á la vergüenza y castigarle.

Mendoza, que así se llama en la comedia, es el tipo perfecto del maldiciente; no es posible esgrimir mejor que él la lengua, cada palabra es una puñalada de muerte para el desgraciado que la inspira.

— Fulano quiere ser diputado, le dicen.

Uno de los circunstantes exclama:

— ¿Diputado quiere ser?

Mas si no tiene la renta.

— Pues por eso se presenta,

Porque la quiere tener,

añade Mendoza con la mayor sangre fria del mundo.

Un personaje ha regresado de Ultramar algo moreno.

— Sí, dice Mendoza, se ha *ennegrecido* en la Habana.

Imposible es sostener aquel tiroteo con mas vigor, con mas novedad, con mas intencion que lo ha hecho el señor Ortiz de Pinedo. La musa que ha dictado aquellas cáusticas redondillas, es la misma que como saben todos los que conocen al autor, le inspira á cada instante una de las infinitas respuestas agudas, de las frases flageladoras, de los epigramas terribles que incesantemente brotan de sus labios.

Repito que la figura del maldiciente está trazada de mano maestra, sobre todo mientras mal-dice.

Pero el señor Ortiz de Pinedo, y en esto ha obrado como los grandes maestros de esgrima cuando dicen á sus discípulos que deben evitar los lances, que no hay mejor estocada que la prudencia, el señor Ortiz de Pinedo, repito, ha querido dar una gran leccion á los que emplean su ingenio como los barateros las hojas de Albacete, y ha dicho: *la calumnia es tu arma; pues bien, con ella te herirás.*

Este es el pensamiento: maldiciente, tu mayor enemigo eres tú.

Yo aplaudo esta moral, admiro al pensador, creo que su idea merece llamar la atencion de todos, creo que los que no la aprueben deben discutirla; pero despues de rendir este humilde tributo de admiracion al filósofo, voy á buscar al poeta dramático, y la forma al lado de la idea me parece un pigmeo al lado de un gigante.

Ante todo, protesto y creo que no pocos protestarán conmigo contra la teoria que implícitamente se sienta en la obra, de que la sociedad contemporánea es como la pinta el señor Pinedo.

Hay muchos maldicientes, se les teme; es mas, hay círculos en los que figuran en primer término, no faltan *coros de ángeles* que los acojan hasta con frenesi; pero en general, por muy mala que sea la sociedad moderna, por desmoralizada que esté, no es ni con mucho como aparece á los ojos del coronel Sarmiento.

Si fuera así, sin ser coroneles, creo que habría muchos que se avergonzarían de formar parte de ella.

En los salones elegantes se murmura, pero no tanto, no tan descaradamente; allí mas que en ninguna parte se dora la píldora.

Si el autor, en vez de llevarnos á la quinta de la marquesa, nos hubiera llevado á ciertas horas de la noche á algunos gabinetes del Casino ó del Ateneo, pase; pero en una casa de campo que pertenece á una señora afable, de talento, de bellísimo carácter, y tal vez demasiado bondadosa, no es, no puede ser verdad lo que allí sucede.

— Si lo es, tanto peor: yo no quiero creerlo.

Aquellos dos parásitos, aquel hipócrita que está reclamando á voz en grito una argolla y una cadena, aquel hombre que tiene corazón y que se complace en desgarrárselo por producir efecto, por ser temido, son tipos repugnantes, su vista solo hiela la sangre, y si el talento del poeta subyuga, hasta hay momentos en los que inspira horror la vida.

Cierto es que esta impresion es el mayor elogio que puede hacerse del pincel que tan bien ha sabido sentir el color; pero el efecto no es por eso menos doloroso.

He dicho que la forma no corresponde al fondo, y necesito probarlo.

Al hablar de la forma, no me explico bien: la forma, la versificación es buena, animada siempre, siempre

robusta, fácil y chispeante, llena de pensamientos, en una palabra, es la obra de un escritor que sabe escribir; aludo al desarrollo de la fábula misma.

La marquesa ha adivinado á través de la mordacidad el buen fondo de Mendoza, ha sabido que ama á una jóven con toda su alma, que ella le corresponde, y como es huérfana y amiga íntima suya, ha ido á buscarla á Navarra y la ha traído á su casa de campo de los alrededores de Madrid.

Se propone causar una agradable sorpresa á los amantes, y á este fin invita á pasar un dia en su quinta á varios amigos, entre los que naturalmente figura Mendoza en primer término.

A decir verdad, no ha andado muy acertada la marquesa en su eleccion de amigos: Galindo y el vizconde son dos entes que tienen mucho de despreciables, y don Agapito, *vera efigie* de la mas refinada hipocresia, es un ser asqueroso, y por lo tanto repugnante.

El enemigo capital de este es Mendoza, y emplea para con él armas ocultas; pero no menos envenenadas que las suyas.

El coronel, un antiguo camarada del marqués, reconoce en don Agapito á un estafador, á un ratero, á una especie de diablo metido á fraile, y los demás amigos de la marquesa, incluso Mendoza, le escandalizan. El vizconde y Galindo participan al maldiciente que la marquesa tiene en su compañía á una mujer encantadora; Mendoza supone que es una antigua *amiga*, á la que ha despreciado; le piden los parásitos que cuente su historia; don Agapito, que está en el secreto, hace aspavientos, pero no contiene la lengua de Mendoza; este, excitado habla, y sus palabras mancillan, aunque de un modo muy convencional la honra de Elena, que así se llama su amada.

Los dos amigos convienen con él en hacer el amor á la mujer á quien acaba de calumniar, la ven en el jardín, se lo dicen, y corren á su encuentro; Mendoza, á su vez, la mira, la reconoce, y en aquel instante recibe la herida de muerte.

Allí empieza su calvario, allí da el primer paso por la senda que ha de conducirle á la redencion, pero aun le queda que sufrir á él, solo á él, todo lo que ha hecho sufrir á los demás.

Al fin y al cabo se arrepiente, se descubre á su misma amada, se retrae delante de todo el mundo, y comprende que su mala lengua ha sido una espada de dos filos.

En los *Bufos Madrileños* ha llamado mucho la atencion una comedia destinada á presentar en dos actos el aspecto de las tertulias antiguas y el de las modernas, ó sea los *saraos* y las *soirées*.

En un instante recorren los espectadores mas de setenta años.

¿Cómo no pensar en presencia de estos dos cuadros en las costumbres de nuestros abuelos y en las nuestras?

Si me preguntaran cuáles eran mas agradables, las reuniones antiguas ó las actuales, no sabría qué responder.

Pero como esta cuestion es importante, voy, para dar á mis lectores una idea de lo que son las reuniones de confianza, á presentarles los misterios de este pasatiempo de la sociedad.

Un amigo mio desengañado, y que las odia, conoce á fondo lo que pasa, y como el paciente lo contará mejor que yo, déjenme ustedes que le ceda la palabra.

— Podía sin arruinarme, me dijo un dia, gastar una alfombra cada año y un ciento de bugías, y mi mujer que, á Dios gracias, pensaba como yo, aprobó el proyecto; buscamos los artistas, escogimos entre aquellos de nuestros amigos los que creíamos dotados con el sentimiento de lo bello, y considerando nuestros conciertos á *sotto voce* como una felicidad, fuimos egoistas, y lo preparamos todo para la primera fiesta con el mayor sigilo.

Conocíamos la sociedad, habíamos ya perdido, mi mujer la ilusiu del traje escotado, yo del frac, y estábamos entusiasmados con nuestra idea.

— ¡Oh, qué dicha, decía mi esposa, recibir en el seno de la confianza á unos cuantos amigos, ofrecerles la música mas sublime!...

— Y esto, añadía yo, sin tener que ponernos de punta en blanco, sin ver á nuestros amigos con el ridículo frac y los comprometidos guantes amarillos.

— ¡Ya verás! añadía mis costilla: no invitaremos á ninguna persona de cumplido: rogaremos á todos los que vengan que guarden el secreto, y retirándonos del mundo nos dejarán abandonados.

— Sobre todo, se prohíbe la entrada á los que escriban en periódicos.

— ¡Todo por el arte y para el arte!

— Por supuesto que no podemos dejar de invitar á mi amigo Isidoro y á su esposa... no faltan nunca al Teatro Real.

— Lo mismo me sucede con Paulina, mi amiga de colegio, que está casada con el brigadier; y en cuanto á mi mamá...

— Ya lo sé, hay que contar con ella.

— Ya sabes que tu tío Valentin ha sido un gran violinista.

— Hay que invitarle; pero en fin, son de la familia: de los demás yo me encargo.

Una vez discutida nuestra lista, notamos que la alfombra estaba algo gastada, y que era necesario completar nuestra sala con algunos adornos.

Poca cosa: cuestion de seis ú ocho mil reales.

— También necesitamos un criado que abra y cierre la puerta.

— Es verdad, y lo siento: hasta ahora hemos tenido suerte; la cocinera es inmejorable, y tu doncella vale un Perú; si metemos en casa un zángano...

— Es indispensable.

— Ya lo veo; también habrá que destinar la alcoba del recibimiento á guarda-ropa.

— Eso es lo que mas siento; porque un criado mas y una alcoba menos...

— ¡Qué diablos!... las noches de concierto puede dormir en el comedor.

— ¡Ah! Ya se me olvidaba... hay que mandar traer ocho ó diez libras de azucarillos.

La cuestion del gasto era insignificante: un enemigo doméstico, cinco ó seis duros para su salario: una ración diaria entre los criados, una ración mas... pero ¿y las sinfonías de Beethoven, y los cuartetos de Hayden y las fantasías de Weber?

Todo se arregló bien, y mi mujer no se compró mas que un vestido para la primera reunion; verdad es que era cerrado; pero por lo mismo que carecia de adornos, era preciso que fuese de buena calidad. Bru-gueras tuvo la amabilidad de enviarnos un magnífico corte de gró azul, y que no costó mas que ochocientos reales.

— Yo iré á buscar á los artistas: Martínez es un gran pianista, adora el arte y me ha dicho mil veces que es lástima que no haya en este país *amateurs* clásicos. Vendrá con entusiasmo.

— No te olvides de Perez; despues de Monasterio, es el mejor violinista que hay en el mundo. Dice la *Bianchahuna* como un ángel.

— Pues lo que es Gomez no faltará: el violoncello en sus manos parece una vara mágica. Nada, nada, yo veré á tres ó á cuatro mas de esos artistas que saben que la mision del arte es algo mas que ganarse la vida.

— ¿Imprimiremos las esquelas de convite?

— No, mujer, envia recado; es necesario dar á nuestras reuniones todo el carácter de la confianza.

En estos preparativos trascurrieron diez ó doce dias.

Yo no paraba un solo instante, mi mujer tampoco, á todas horas hablábamos de lo mismo, y muchas veces nos sentábamos á la mesa y nos levantábamos sin comer. Los goces del alma sacrificaban al pobre estómago, y sin sentir íbamos poco á poco perdiendo el apetito.

Verdad es que en cambio yo dejaba de contestar algunas cartas, faltando á los deberes de la cortesía, y apenas me ocupaba en mis negocios.

Al fin señalamos el dia de la primera reunion. La modista preocupaba en extremo á mi consorte: yo andaba detrás de los músicos cargado de magníficos habanos.

— Conque querido Martínez, dije al pianista, ya hemos fijado el dia del concierto.

— ¡Bravo, magnífico!

— ¿Contamos con usted?

— De seguro.

— No se ejecutará mas que música clásica.

— Hombre, lo siento.

— ¿Por qué?

— Precisamente he compuesto una fantasía y queria estrenarla en casa de usted. Usted tiene buenas relaciones, casi todos sus amigos tocan el piano, y si les gustaba se venderia muy bien.

— ¿Pero Vd. qué se ha figurado? la reunion va á ser de confianza; seremos diez ó doce apasionados de la música.

— Eso ya es otra cosa.

— ¿Contamos con Vd.?

— ¿Cuándo es?

— El lunes.

— ¡Caramba!... ¿no podrian Vds. dejarlo para el martes? El lunes hay un té en casa de la baronesa de L... Hace cuatro ó seis dias que me ha regalado una preciosa sortija; allí va gente gorda; suelen sacarse cuatro ó cinco discípulos de las casas, y no querria faltar.

— Corriente, se aplazará para el martes.

— No faltará.

Vamos á casa del Sr. Gomez.

— ¿Qué tal, querido amigo? ¿Cuándo es ese concierto?

— El martes.

— ¡Qué demonio!

— ¿No puede Vd.?

— Se ha muerto hace dos dias el conde de la F... sus herederos quieren hacerle unos magníficos funerales, pagan muy bien, han señalado el martes, y estoy comprometido.

— ¡Válgame Dios!

— El lunes me convendria.

— Lo dejaremos para el miércoles.

— En ese caso, cuente Vd. conmigo.

Afortunadamente el violinista se pone á mi disposición, y de los otros tres ó cuatro, dos pueden ir tambien: el tercero está enfermo, el cuarto tiene que asistir á un bautizo.

— Al fin tenemos músicos, dije al entrar en casa á mi costilla.

— ¿Y criado? me responde.

— Los amigos esperando con ansia la música.

— Y los azucarillos esperando á los amigos; pero has de saber que mi mamá se ha empeñado en traer á la nieta de su íntima amiga: es una niña de ocho años que toca el piano como Listz... por supuesto que vendrá con su papá.

— Lo siento mucho.

— ¿Qué hemos de hacer? Era imposible resistir á los ruegos de mamá.

La doncella entra con dos cartas.

— Son de Paulina y de tutio Valentin.

— ¡A ver... á ver!...

— Paulina me pide permiso para presentarme á un antiguo compañero de armas de su esposo, que acaba de llegar de Puerto-Rico.

— Pues el Sr. D. Valentin no se anda en chiquitas: me anuncia que incluya en el programa un solo de violin que ejecutará él en persona. Me lo estaba temiendo.

— El debe ejecutar música clásica.

— Demasiado clásica: calla mujer, esto va á aguar la fiesta.

— Cuando oiga á Perez renunciará.

— ¿Renunciar él? no le conoces.

Pasan dos ó tres dias, llega el miércoles, y precisamente por la tarde arman una camorra la cocinera y el criado nuevo.

— Señorita, dice la discípula de Savarin, ó se marcha el criado ó me marchó yo.

— Mi mujer viene á mi consternada.

— ¿Qué hacemos? me pregunta.

— Que se marche la cocinera.

— Pero hombre, una mujer que está hace cuatro años en casa, que es la que ya conoce nuestros gustos...

— Pues quédate sin criado esta noche.

— No, yo no la dejo marchar.

— ¿Pretendes que abra tu marido la puerta?

— Tampoco eso; pero busquemos algun medio. Mira, voy á decirle que mañana se irá el criado; que la aumentaremos un duro de salario; que el dia de mi santo le regalaré...

— Eso es humillarse ante una cocinera.

— ¿Y qué quieres que haga?

— Arregla ese negocio como puedas; ya veo que es necesario sacrificar algo al placer de oír música clásica. Llega la noche, se encienden las bugias, mi mujer se viste y nota que le aprieta demasiado el vestido: los convidados empiezan á llegar. Se les ha dicho que el concierto es de confianza, pero no importa: ellas vienen con traje descotado, ellos con frac.

— No es eso lo peor, sino que algunos de ellos, gracias á la intimidad, me presentan á unas señoritas que acaban de llegar, á un periodista gran *connaisseur et sic de ceteras*. Pero qué importa: la primera sonata me hará olvidar tanto disgusto.

Dan las nueve, suena la campanilla... ahí está Perez.

— No: es una carta urgente.

El violinista se excusa: está padeciendo un fuerte dolor de muelas y no está para músicas. Afortunadamente los demás están allí; verdad es que el del violoncello ha llevado á un amigo que es director de una revista musical.

— Hemos hecho un magnífico programa; pero como falta Perez, mi tío Valentin tocará... la *Cachucha*.

— El pianista ejecuta una pieza que, aunque él dice que es clásica no me lo parece.

— Eso debe ser de Beethoven, le dice uno al final.

— No, exclama otro; parece de Weber.

Cada cual pronuncia el nombre de un compositor.

— No, señores, contesta triunfante el pianista; esa obra es mia. ¿Ve Vd., me dice, cómo los he engañado?

— Ahora la niña, dice mi suegra.

Y el angelito toca un *capricho*, que mas parece una *manía*, como dijo de otra *dilletanti* en miniatura Nicasio Gallego.

— Vaya, ya que no hay cuarteto, dice Gomez, tocaré unas variaciones de violoncello sobre el aire de la *Cola del diablo*.

Para que lo oiga el director de la *Revista musical*.

— ¿No podrian tocar ahora unas habaneras? dice el amigo del esposo de Paulina que acaba de llegar de Puerto-Rico. Eso es lo que mas me gusta.

— Yo me desespere, mi esposa lo mismo; ni una nota de música clásica!

— Mi mamá política toma la palabra á las doce de la noche.

— Las señoritas, dice, quieren bailar un poco.

— ¡Ay, sí, sí! exclama un coro de ángeles.

— Ya que estamos aquí en confianza, bailaremos todos, exclaman mis amigos.

Y todos bailamos, hasta mi mujer y yo.

Total: á las dos de la madrugada nos quedábamos solos, las circunstancias habian trastornado nuestro plan, nuestros amigos nos acusaron de tacaños por no haberles dado mas que azucarillos, el jóven periodista puso una gacetilla dando cuenta de nuestro concierto; lo supieron los que no habiamos invitado, y se incomodaron; en el guarda-ropa habia desorden y no pareció un gaban nuevecito de uno de los concertistas; mi mujer estuvo enferma á causa de la opresion del vestido; yo tuve que obsequiar á los músicos, y no quedaron contentos; mi cocinera me costó veinte reales mas al mes... y en fin, si prosiguiera contando mis desdichas, no acabaria nunca.

— ¿Cuándo vuelve Vd. á abrir sus salones? me preguntó poco despues uno de los convidados.

— Cuando tenga hijas que casar, contesté.

¿Es ó no verdad esto?

Apuesto cualquier cosa á que dicen Vds. que sí.

Pocas son las novedades literarias: un libro de Aguilera que se titula *Limonos agrios*, treinta almanques distintos, una novela de Escriche que se titula *la Perdicion de la mujer*, y otra mia titulada *los Trescientos mil duros*, historia de un pobre hombre.

Antes de concluir, voy á presentar á Vds. un cuadro del género de los muchos que han tenido lugar en Madrid en la última Nochebuena.

Figúrense Vds. una habitacion modesta con un tablado y un jergon, una mesa de pino y una desvencijada silla.

Dan las doce en el reló de la Trinidad.

Un hombre andrajoso abre la puerta, entra y enciende un fósforo.

— Gracias á Dios que estoy en casa... ya estaba harto de repetir « una limosna al pobrecito ciego. » Y lo que es hoy ha habido buena entrada.

El ciego abre los ojos.

— Dos pesetas han caido... ¿si serán falsas?

— No: son plata de la que está de moda. ¡Cuánta morralla! Lo menos hay aquí veinte reales en ochavos morunos. Pues señor, bien: vamos mientras que todos esos tontos se divierten buscando indigestiones, tomando frio en las calles ó perdiendo el equilibrio, á pasar lá mejor Nochebuena. La puerta está cerrada, y aunque aun están despiertos mis vecinos, como bailan y cantan no oirán el ruido. ¿Dónde hay placer igual al mio? Todas las noches cuento y recuento mis monedas, las clasifico, las quito el polvo, las acaricio... ¡ya tengo mil duritos! Ante todo, veamos el jergon... sí, aquí está el talego (*le abraza*). Idolo mio, ¿qué mejor compañero que tú?... ¡Eh! me ha parecido oír pasos en la escalera, y si les da la gana á los que suben de mirar por el agujero de la llave... apagaré la luz.

Lo hace y se acerca de puntillas á la puerta.

— No hay nadie, habrá sido el aire... encenderé otra vez la luz... ¡qué diablo! ahora me acuerdo de que no tenia mas que un fósforo; pero no importa, hace luna y abriendo la ventana veó y economizo aceite. ¡Ay! me he roto la espinilla con la maldita pata de la mesa.

— ¡Vaya un jolgorio que tienen arriba!... Aquí está la ventana; ahora me acuerdo que está roto un cristal; me voy á chupar los dedos de frio, pero se ve muy bien. Ea, formemos el ejército. Aquí las peluconas... cuatro, cinco, seis, siete; á su lado los doblones... perfectamente... ahora los duros... treinta, cuarenta, ciento.

Suenan dos ó tres golpes á la puerta.

— ¡Diablo! ¿Quién es, quién es?

— Los vecinos de arriba.

— ¿Y á qué llaman Vds. á estas horas?

— Como es Nochebuena y Vd. no habrá cenado, hemos venido á convidarle.

— Ya estoy durmiendo.

— Si es que hace falta que toque Vd. la vihuela.

— Para música estoy... vayáanse Vds. con dos mil de á caballo... que tengo mucho sueño.

— No hay que dejarle dormir, se dicen los de afuera; y para disimular mejor, hacen que se van y vuelven.

— Ya me han dejado en paz: volvamos á formar el ejército... pero qué bien hechitas están estas pesetas... las daria un abrazo...

Los vecinos vuelven á llamar.

— ¿Quién anda ahí? grita amostazado el avaro.

— Levántese Vd. pronto, que hay fuego.

— ¡Fuego! ¡Válgame Dios!... recojamos los bártulos... ¿Dónde ha empezado?

— En la escalera... hay que bajar por la ventana. El pobre diablo confundió las monedas al echarlas en el talego, corre de un lado á otro, tropieza, cae.

— Tranquílcese Vd., le dicen desde afuera... ya está el fuego apagado... ea, buenas noches.

— Mas vale así... ¡uff! respiro. ¡Me he llevado un susto!... Ahora es preciso clasificar de nuevo las monedas; esta confusion de clases es perjudicial á la causa del orden.

Emplea media hora en la operacion y ya va á concluir, cuando oye voces en su puerta.

— ¡Ladrones, ladrones! gritan los vecinos.

— ¡Esto es peor! exclama el infeliz recogiendo las monedas á toda prisa.

— Se han refugiado en las guardillas trasteras.

— ¡Adios mi dinero!

— Atranque Vd. su puerta.

— Ya está atrancada.

— Son tres lo menos.

— ¡Adios mi dinero!

Pausa.

— Tranquílcese Vd., le dicen los vecinos: eran dos gatos.

— ¡Ah!

— Como se acerca el mes de enero... Vaya, buenas noches.

— ¡Si, pues buenas noches!... Eso parece burla. La *Nochebuena* ha sido para mí *nochemala*.

¿Qué avaró puede pasar una buena noche?

Ninguno.

Para terminar, voy á contar un suceso tristísimo que ha tenido lugar hace muy pocos dias en una de las boticas ú *oficinas de farmacia*, como las llaman ahora, mas acreditadas de Madrid.

El farmacéutico vió entrar en ella á las once de la mañana, á cierto sugeto que, con voz imperiosa, le pidió un frasco lleno de láudano, que aquel se negó á entregar, alegando que no podia hacerlo sin mandato de un médico.

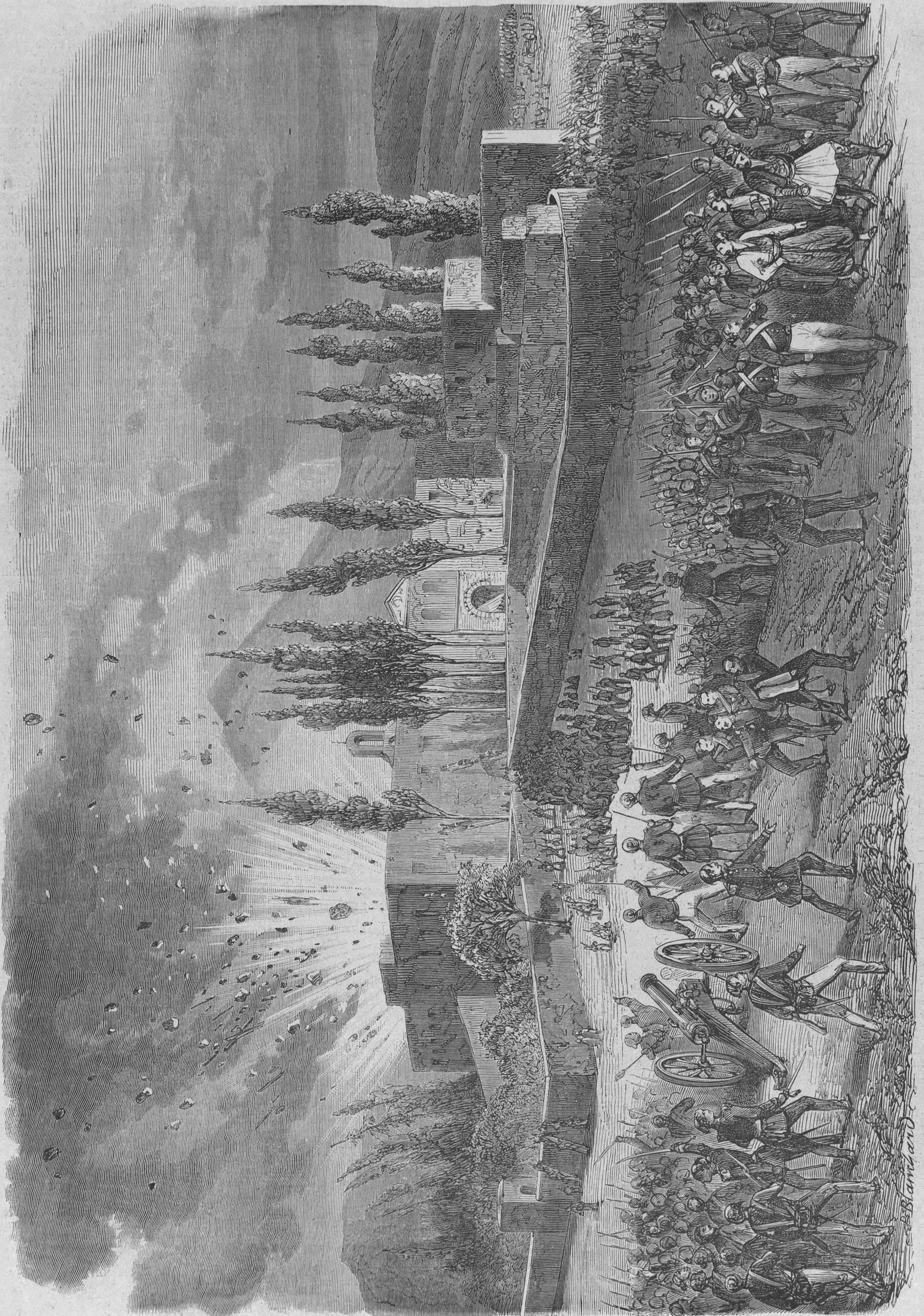
— ¡Un médico! dijo el loco, pues loco era aquel infeliz. Yo traigo uno en el bolsillo; pero cura brutalmente. Y al decir esto sacó una pistola de dos cañones. Vamos, despache Vd., dijo al boticario, ó le levanto la tapa de los sesos.

Por la imaginacion del farmacéutico cruzó entonces una idea luminosa.

— ¿Quiere Vd. envenenarse? le preguntó.

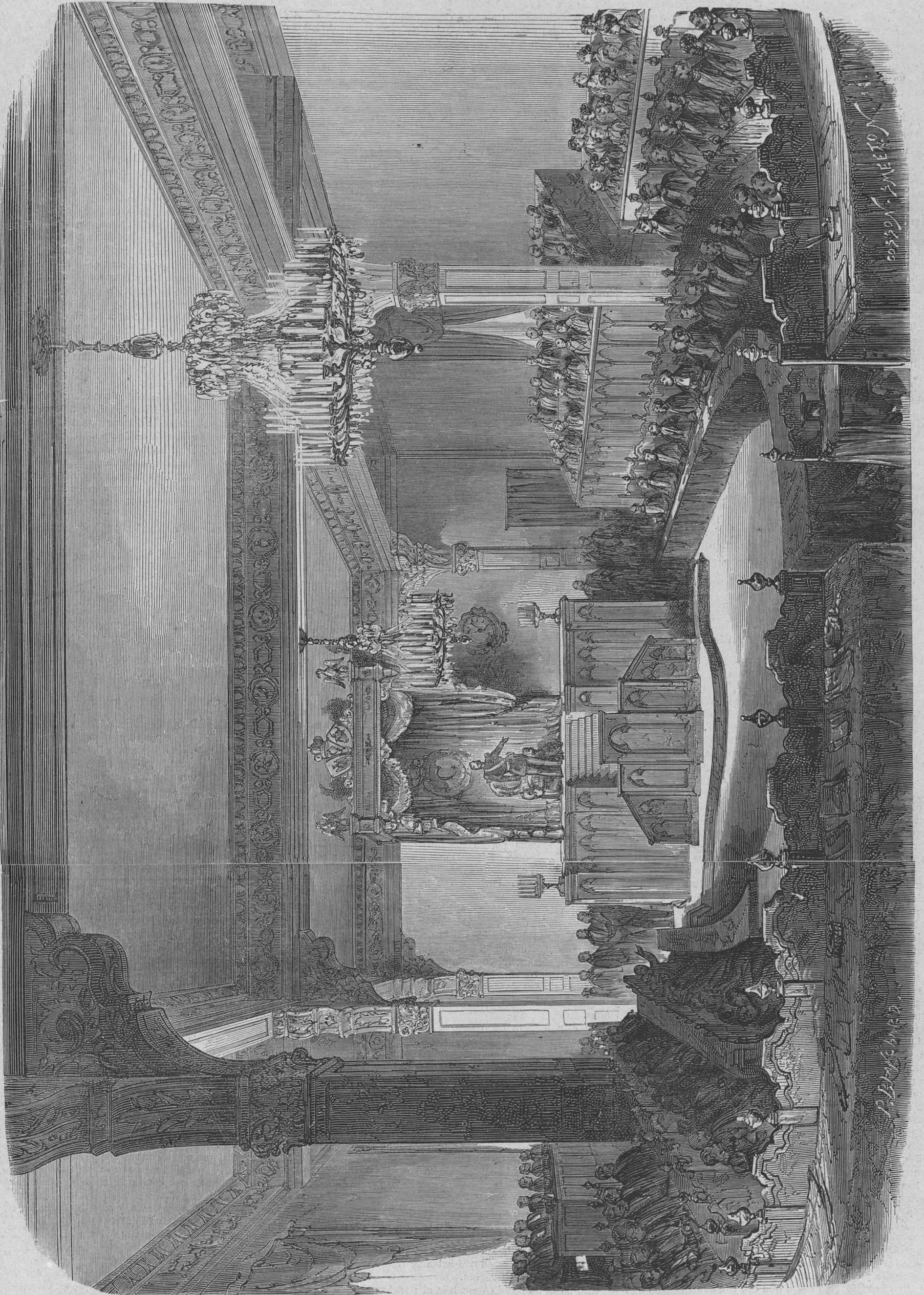
— Sí, señor, le respondió el loco.

— Pues bien, voy á dar á Vd. un tósigo mas activo todavía que el láudano.



CANDIA. — El convento de Arcadi en el momento del asalto y de la explosión.

Blanchard



Apertura de las Cámaras molico-válacas.

El boticario le hizo beber una pócima al infeliz, cuyas piernas flaquearon despues de haberla tragado, y cayó en los brazos del boticario, que se sonreía. Le había dado una cantidad enorme de ópio para tener tiempo de avisar á la policía.

Identificada la persona, resultó ser un jóven pintor, á quien un amor desgraciado ha privado de la razon. La familia recogió al infeliz, y fué conducido á la sala de dementes del hospital.

¡Todavía hay amor! En medio de todo, esto es un consuelo.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de diciembre de 1866.

### Apertura de las Cámaras moldo-válacas.

Los acontecimientos que acaban de tener efecto en Rumania y en Oriente, llaman la atención hacia la parte de los Principados danubianos. El viaje del príncipe Carlos á Constantinopla, el reconocimiento de su advenimiento al trono de la Rumania, la acogida hecha al príncipe á su vuelta, la apertura del Parlamento rumano, que representamos en este número, el entusiasmo que han mostrado las Cámaras y el pueblo rumano, todo manifiesta en Moldavia y en Valaquia un gran patriotismo y un íntimo acuerdo entre el gobierno y el pueblo. Un telegrama reciente nos anuncia que una diputación del Senado ha presentado al príncipe el mensaje votado por aclamación, y que es un testimonio de la confianza ilimitada de esta asamblea en el gobierno del príncipe Carlos.

Pero sobre este punto, lo mismo que en Oriente, la Rusia nos aparece siempre detrás de las palabras y los actos del gobierno. La Rumania que, en manos del príncipe Couza, había venido á ser una dependencia del gobierno de San Petersburgo, ¿podrá resistir en manos del príncipe Carlos á la omnipotencia rusa? ¿No ha dicho ya la *Gaceta de Moscu* que habiendo sido violado el tratado de París por los gobiernos del Occidente, tampoco debe ser observado por la Rusia? Vemos, pues, que por el lado de la Rumania, lo mismo que por el lado de Creta, la Rusia piensa en el *hombre enfermo* y en el testamento de Pedro el Grande. A. M.

### Revista de Paris.

En la noche del sábado al domingo, los parisienses que salían de sus diversiones, baile de máscaras de la Opera, celebracion de la fiesta de los Reyes, reuniones particulares, etc., se encontraron en las calles con un espectáculo que no figuraba en el programa de las fiestas. El suelo estaba limpio y trasparente, con una capa de agua helada ó de nieve derretida, tersa como un espejo y sobre la cual era preciso correr patines. Los coches no podían transitar porque los caballos se venían á tierra, y en cuanto á andar á pié, era punto menos que imposible. Los accidentes fueron innumerables y gravísimos muchos de ellos, puesto que segun parece ha habido mas de treinta personas muertas y mas de doscientas que han entrado en los hospitales. Los cocheros recogían los caballos y dejaban los vehiculos en medio de las calles; todo servicio público de los omnibus, como verbigracia el de los ferro-carriles, estuvo interrumpido, y hasta eso de las nueve de la mañana del domingo, la gente no se aventuró á salir como de costumbre. Afortunadamente, á esa hora el espejo en cuestion perdió su limpidez, las calles se convirtieron en lodazales, y todo volvió á entrar en su orden. Pasado el *vergla*, que con tal nombre se designa en francés esta ligera congelacion del agua en el suelo, la temperatura se dulcificó con gran sentimiento de los patinadores que temen llevarse este año el mismo chasco que se llevaron ya en 1866. A estíos sin calor suceden inviernos sin frio; pero en cambio la lluvia no nos abandona sino á cortos intervalos.

La atención de los parisienses en la semana que acaba de trascurrir ha estado muy ocupada con esos horribles dramas de tribunal de Assises que menudean en Francia de un modo extraordinario. Nada mas espantoso, en efecto, que los detalles de un crimen perpetrado en una penitenciaría de la isla de Hyeres, donde una porcion de muchachos amotinados dieron muerte quemándolos con petróleo en una bodega, á unos cuantos compañeros suyos, á quienes creían espías. Diez y seis eran los acusados, y el criminal que descuella en esta banda, Pedro José Coudurier, apenas cuenta diez y seis años de edad.

Los corresponsales de los diarios de Paris comisionados para asistir á los debates de esta causa, dicen que en este grupo de los jóveres procesados, lo que mas llamaba la atención, era como una expresion común de indiferencia y de osadía irónica. Solo dos ó tres de ellos, y no de los mas culpables, aparecían tristes y cabizbajos.

Los tres jefes del motin, el terrible capataz que ordenó el incendio y el asesinato, sus dos acólitos, el que encendió el fuego homicida, y el otro que con cuchillo en mano empujaba á las llamas á los pobres chicos que trataban de escaparse, chocaban por su actitud insolente y su descaro

Solo tres de estos mozalbetes han salido absueltos; los demás han sido condenados á reclusion por tiempo limitado, y los cabezas del motin á cadena perpétua.

Al mismo tiempo que los debates de esta causa célebre producían en los lectores esa conmocion terrorífica que buscan los aficionados á lecturas de esta clase, un periódico de Lyon contaba la tristísima odisea del niño de un fabricante de la Croix Rousse, arrebatado á su familia hacia año y medio, y que habiendo sido encontrado últimamente en un pueblo de la Picardie, ha podido regresar á su hogar y referir su lamentable historia.

Esta historia envuelve otro de esos crímenes que hacen desear un pronto y severo castigo.

El 16 de marzo de 1866 este niño salía á paseo acompañado por una prima suya, que sus padres habían recogido de limosna y que acababa de dejar el hospital de la Croix Rousse.

Juntos llegaron hasta el paseo Napoleon donde había algunos titiriteros. En una de las barracas que habían levantado, enseñaban un leon, una hiena y otros varios animales.

El niño y su prima entraron en la barraca, y al cabo de pocos instantes el pobre chico, que apenas tenía entonces seis años, observó que su prima entraba en conversacion con el domador de fieras; vió que recibía dinero, y seguidamente aquel hombre le hacia una pequeña operacion en la megilla. Con un instrumento la cortaba un lunar que habría podido hacerla reconocer; luego cauterizó la herida, y por último el niño se encontró solo en medio de los titiriteros.

Estos salieron al otro día de Lyon, habiendo metido al niño en el fondo de su carro y previniéndole que si no se callaba le darian de palos. Con efecto, á los primeros gritos que había dado la víspera, pudo conocer el mal tratamiento que le esperaba.

Los titiriteros llegaron hasta Chalons del Saona, donde se detuvieron á dar funciones. El niño, á quien amenazaban y pegaban á cada una de sus reclamaciones, no carecía sin embargo de los alimentos necesarios para la vida.

Cuando preguntaba por sus padres, el domador de fieras le contestaba que habían muerto, y que era preciso olvidarlos.

A seis años no hay todavía mucha memoria, y así es que el niño muy luego dejó de pensar en su parentela. Además, como le daban tan mal tratamiento, procuró hacerse útil á sus amos. Su cargo principal consistía en cuidar del alimento del leon, y este leon, mas humano que el jefe de los titiriteros, cobró cariño al muchacho y se le demostró en una ocasion memorable.

Un día que el domador daba de pescozones al pobre niño delante de la jaula del leon, el animal se puso furioso, y pasando sus garras por entre los hierros, asió la mano de aquel hombre cruel y le arrancó el dedo pulgar; señal que servirá á la justicia para descubrir al culpable del rapto del niño.

No entraremos en pormenores sobre la existencia tan llena de aventuras del domador y su cuadrilla, que vino á aumentarse poco despues con otros dos niños robados.

Sin embargo, parece ser que este hombre infame no realizaba las ganancias que se había prometido, pues al cabo de tres ó cuatro meses vió que no podía alimentar á todas las bocas de su personal, y comenzó por abandonar en medio de Paris á los dos niños que había quitado á sus padres últimamente.

Luego continuó sus correrías, pasó á Bélgica y volvió á entrar en Francia por la Champaña, donde concibió el proyecto de deshacerse tambien del niño lionés, con cuyo fin le colocó en casa de un labrador, mediante un salario que, aunque muy reducido, no se descuidaba de cobrar cada quincena.

No obstante, en octubre último el labrador no volvió á ver al domador de fieras, y temiendo entonces que aquella criatura quedase á su cargo, le echó de su casa con una inhumanidad viciosa. El niño, que había aprendido mucho en la desgracia, supo salir adelante por sí mismo, y vivió durante tres meses presentándose en las granjas donde solía hallar modo de ganarse un pedazo de pan, y ordinariamente una conmiseracion justificada por sus pocos años.

De esta manera llegó poco á poco y á pié al departamento del Somme. El alcalde de un pueblo rural le encontró vagando por los caminos, y como este digno magistrado hubiese recibido pocos días antes una circular enviada por el fabricante lionés, entró en sospechas, dirigió algunas preguntas al niño, y se convenció de que era el mismo que los padres buscaban con tanto anhelo.

Inmediatamente escribió al padre, y muy luego el niño robado se volvió á encontrar en el seno de su familia.

En los primeros momentos la madre no pudo reconocer á su hijo. Había conservado el recuerdo de una bonita cabeza rubia y redonda con el cabello rizado, y tenía delante un muchacho crecido ya, con la cabeza larga en forma de pilon de azucar y cuyo pelo parecía cerda de jabalí. El niño explicó entonces que, á fin de desfigurarle de modo que no pudiesen reconocerle los que temía que le andaban buscando, le había sometido á un tormento horroroso. Habíale cambiado la forma del cráneo, estrechándole entre dos tablas, por la misma razon que había destruido el lunar que su prima tenía en la megilla.

Aun no se ha podido descubrir el paradero de este hombre tan malvado, y es bien de desear que caiga en manos de la justicia.

En cuanto á la primita, no ha vuelto á parecer, y se ignora completamente hacia qué punto dirigir las investigaciones para buscarla.

Lo que, á nuestro juicio, evitaria tan horribles lances, sería prohibir las correrías de esos vagabundos que con el pretexto de fieras ó volatines se encuentran por todas partes dispuestos á cometer fechorías. Desde luego la mayor parte de esos espectáculos repugnan, y es muy raro que haya alguno de ellos que no envuelva peligro. En la última semana hablábamos del canasto del coronel Stodare, y de ese juego sangriento que consiste en atravesar con una espada el cesto donde el espectador acaba de ver que ha entrado una persona. Un periódico de Paris, el *Entreacto*, cuenta á propósito de estas suertes de prestidigitacion, la siguiente historia que debería servir de leccion para que no se permitieran unos juegos que pueden tener tan espantosos resultados. Hé aquí el caso:

Era en Amsterdam en 1790 un día de fiestas públicas. Antes de los fuegos artificiales tenía que haber en un gran jardin un espectáculo de magia dado por un prestidigitador célebre de aquella época, llamado Van Pratt.

Este Van Pratt acababa de llegar entonces de las Indias holandesas, en donde había probado fortuna representando comedias, y donde había contraído matrimonio con una actriz francesa, á quien idolatraba.

Una noche á la salida del teatro su mujer murió de repente, dejándole una niña, y Van Pratt liquida su situacion y regresa á Holanda.

Pero en el viaje nuestro hombre reflexiona, y se dice que sin fortuna y con una niña de once años, necesita pensar en ganar algun dinero.

Siendo empresario había visto de cerca á los prestidigitadores indios, y había podido descubrir la mayor parte de sus supuestos misterios: este conocimiento quiso hacer valer para ganarse la vida en Europa.

Con efecto, inició á la niña en sus planes, pues ella debía secundarle en las funciones que se proponía dar en Amsterdam. M. Van Pratt hizo un ensayo general en presencia de algunos privilegiados, y obtuvo un triunfo extraordinario. Ahora bien, entre sus suertes se contaba la del canasto indio.

Concluido el ensayo, Van Pratt dió algunas instrucciones mas á su niña.

—Ante todo, hija mia, la dijo, no olvides que yo aparentemente matarte cuando estás dentro del cesto.

—Muy bien, no lo olvidaré.

—Sí; pero ya sabes lo que has de hacer antes de levantar la trampa. Es menester que grites muy fuerte, á fin de aumentar la ilusion... grita, llama, llora, en una palabra, representa bien tu papel.

La niña, comprendiendo perfectamente la situacion, prometió que seguiría punto por punto los consejos de su padre.

Principió la funcion, y todas las suertes de Van Pratt fueron aplaudidas con entusiasmo. Por fin, llegó la del canasto indio.

La niña salió al tablado y luego, despues de una pantomima que produjo un gran efecto, entró en el canasto. Inmediatamente Van Pratt atravesó el cesto con su espada y se oyó un alarido espantoso. Van Pratt enseñó la hoja de su espada teñida en sangre al público fanatizado.

La orquesta ejecutaba una marcha fúnebre.

Cuando pensó que ya había producido bastante efecto en la imaginacion de todos sus espectadores, Van Pratt volvió al canasto y le abrió.

Entonces se le vió titubear y caer en la escena, al mismo tiempo que se le oyó gritar:

—¡Hija mia! ¡Hija mia!

En el fondo del canasto yacía la niña, ensangrentada, inmóvil, con el pecho atravesado de una estocada.

La trampa, mal dispuesta, no se había abierto á tiempo, y la desgraciada criatura era cadáver.

Corrieron y levantaron á Van Pratt.

El desdichado abrió los ojos tarareando una cancion india... Se había vuelto loco.

Segun anunciamos á nuestros lectores la semana última, se ha estrenado en el teatro del Ambigu un drama en cinco actos titulado *la Duquesa de Montemayor*, obra póstuma del malogrado Leon Gozlan, que ha obtenido un gran éxito.

Quizá recuerda el lector de estas revistas aquella situacion pavorosa de *la Casa nueva*, de M. Victorien Sardou, en la que la heroina de la comedia se viene á encontrar en su mismo cuarto en presencia del amante á quien acaba de recibir y que, por efecto de un tósigo, que toma en su embriaguez, se cae al suelo como un cadáver. Esta misma situacion se encuentra en *la Duquesa de Montemayor*, y ni Sardou ni Gozlan la han inventado: es un lance auténtico cuya relacion se halla en las Memorias de un célebre agente de la policía francesa, llamado Vidocq.

Con efecto, una noche, era en tiempo del rey Luis Felipe, una señora con vestido de baile se presenta en casa del prefecto, diciendo que tiene que hablar á este magistrado para un asunto urgente.

El prefecto está en la cama y ha dado orden de que no le despierten hasta el otro día.

Sin embargo, la señora insiste, y logra ser introducida en el dormitorio del prefecto.

—¿Qué ocurre? exclama el prefecto reconociéndola; pues esta señora pertenecía á la alta sociedad parisiense.

Entonces cuenta ella con brevedad que en la ausencia de su marido ha recibido á un hombre, y que este hombre se ha muerto de repente en su aposento,

El prefecto llama á Vidocq y le ordena que saque de la casa el cadáver inmediatamente.

Vidocq sale con uno de sus acólitos, va á la casa en cuestion, toma al muerto del brazo, despues de haberle puesto el sombrero y le lleva á la calle, donde le mete en un carruaje de alquiler, el primero que encuentra, dando al coche-ro las señas de su domicilio, que habia pedido de antemano.

Luego hace que se despide y se aleja con su acólito.

El cochero se dirige á la casa indicada, abre la puertezuela y viendo que su hombre no se mueve, le sacude del brazo... Entonces se figura que aquel hombre ha muerto de repente en el vehículo.

No hay para qué decir que el incidente no tuvo consecuencias judiciales.

La protagonista del drama de Leon Gozlan se encuentra en una situacion idéntica. La duquesa de Montemayor, en la ausencia de su marido, recibe á un amante platónico que, habiendo sido herido la víspera en un desafío, no puede soportar la conmocion que experimenta en aquella entrevista amorosa, y su herida, que se vuelve á abrir, le causa la muerte.

La duquesa de Montemayor corre á la prefectura de policia, y en tanto que solicita la expulsion del cadáver de su domicilio, entra el duque en el cuarto mortuario, descubre el muerto y adivina lo que ha pasado.

Sin detenerse el ultrajado esposo, manda á sus criados que arrojen al Sena el cuerpo del difunto.

No tarda en llegar la duquesa que se encuentra con su marido.

— ¡He salvado mi honra! exclama este; y ahora es preciso que me acompañéis al baile de Tullerías.

Ni súplicas, ni lágrimas le hacen cejar en su resolucion; cuando hé aquí que de repente aparece un salvador que da muerte al duque, al mismo tiempo que llega la noticia de que el amante no habia tenido mas que un desmayo, de cuya manera se viene á encontrar enteramente á disposicion de la viuda.

Nadie diria que este horripilante melodrama es obra del ingenio tan delicado y fino de Leon Gozlan: apenas podemos concebir cómo le pudo seducir un solo instante semejante argumento. De todos modos, lo cierto es que ha hecho un drama palpitante de interés, que el triunfo ha sido grande, y que la empresa del teatro del Ambigu puede contar con un crecido número de representaciones.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

Á LA DISTINGUIDA POETISA SEÑORITA CLOTILDE PRÍNCIPE.

Clotilde, amiga mia; oye un momento  
Cuánto del sueño en brazos he gozado,  
Realizado al mirar mi pensamiento.  
¡Quién su dicha completa no ha soñado!

De blando césped en mullido lecho  
Una tarde de otoño deliciosa,  
Del azul firmamento bajo el techo  
Mi frente recliné, dormí dichosa.

La grata idea de á mi lado verte  
Quiso hacerme gozar, aunque dormida,  
Haciendo de la imagen de la muerte,  
La bella imagen de preciosa vida.

Que la idea feliz que nos halaga  
Con su precioso y singular beleño,  
Tambien mientras dormimos nos embriaga.  
Oye, amiga, y verás cuál fué mi sueño.

Lejos del mundo y de su pompa vana  
Por florido vergel vagando unidas,  
De hermosa primavera una mañana  
Nos miramos las dos de gozo henchidas.

Alegres estrechábamos los lazos  
De esa de bien inagotable fuente,  
De la amistad en cuyos dulces brazos,  
Tanto y tanto placer el alma siente.

Todo era bello: las galanas flores  
Que altaneras sus frentes levantaban,  
El suelo al matizar de mil colores  
Hermosas nuestra vista recreaban.

El céfiro que alegre y veleidoso  
El aroma en sus cálices bebía,  
Con su preciosa carga iba orgulloso  
Y ufano hasta nosotras la traía.

Dulcemente halagaba nuestro oido  
Con su grato rumor manso arroyuelo,  
Y al par que daba su armonioso ruido  
En sus cristales retrataba al cielo.

De los astros al rey tambien le plugo  
Ver nuestra dicha desde emírea cumbre,  
Que almas que uniera el amistoso yugo,  
Son digno cuadro de que el sol le alumbre.

¡Oh! con cuánto placer gozar pudimos  
Del fresco ambiente y de las auras suaves.  
¡Cuán llenas de entusiasmo recogimos  
Los dulces trinos de canoras aves!

Henchida nuestra mente de ilusiones,  
Unida al contemplar tanta belleza,  
Alabamos, tambien en dulces sonos,  
La del Eterno Dios suma grandeza.

Nuestra cancion en torno resonaba  
Y el ave con la suya la pulía,  
Con su hálito la flor la perfumaba  
Y el céfiro en sus alas la ascendía.

Sí, cantamos tambien: y ese Dios Santo  
A quien nuestra oracion se dirigiera,  
Escuchaba piadoso nuestro canto  
Y el cielo á nuestras voces sonriera.

De nuevo nuestros brazos se anudaron  
Uniendo nuestros tiernos corazones,  
Y á su autor nuestras almas se elevaron  
Ignorando del mundo las pasiones.

Dijimos á la vez: no romperemos  
Nunca nuestra amistad tierna y preciosa;  
En una nuestras almas fundiremos,  
Que será de las dos alma dichosa.

¡Ay, amiga, si vieras cuán ufanas  
De la tierra infeliz nos despedimos!  
¡Con qué amor nos llamábamos hermanas;  
Cuánto placer en nuestra union sentimos!

De las dos uno solo era el anhelo,  
Presagio de la eterna bienandanza;  
Nuestra ilusion, la de llegar al cielo;  
La de alabar á Dios, nuestra esperanza.

Mas ¡oh dolor! cuando de gozo llena  
Contigo me miraba tan dichosa,  
Desperté, y cuán acerba fué mi pena;  
Tú no estabas allí, Clotilde hermosa.

Ya ningun resto ví de mi pasado,  
Que aquel placer tan grande y halagüeño  
De que instantes atrás hube gozado,  
Fué todo una ilusion, todo fué un sueño.

Quise cantar porque saber queria  
Si algo pudo quedar de dicha tanta,  
Pero no hallé la plácida armonía,  
Ni exhaló dulces ecos mi garganta.

Canta, Clotilde, tú: que el mundo pueda  
Premiar tu ingenio en la difícil arte  
En tanto que á tu amiga no le queda  
Mas placer que la dicha de admirarte.

ELVIRA SOLIS GREPPY.

## Un suicidio.

Lorca....

La primera noticia con que me encuentro al hojear hoy los periódicos de Madrid, es la noticia vulgar y corriente de un suicidio.

Un hombre, permitaseme llamarlo así, cansado de vivir á los veinte y tres años ha dispuesto de su vida por medio de una pistola, suministrando ese dato mas á la estadística creciente de los suicidas.

Las investigaciones hechas acerca de este último caso arrojan sobre la oscuridad del cadáver un rayo de luz que alumbraba con tenebrosa claridad todo un orden de ideas.

Dícese que la escasez de recursos en que se encontraba este infeliz, debida quizás á pérdidas en el juego, ha puesto en su mano esa pistola y en su cabeza esa bala.

Hé aquí un hombre que no tenia bastante, y que por lo tanto se encontraba en la misma situacion que cualquier millonario.

Quería mas, como quieren todos los que se empujan por la gran pendiente de estos tiempos prósperos.

El bolsillo actual no tiene límites y este hombre quería llenar su bolsillo.

El deseo era muy natural.

Teniendo en cuenta la brevedad de la vida, sobre todo en estos tiempos rápidos, era muy justo que quisiera mas, y era preciso que lo quisiera pronto.

Para esto debia echar mano del recurso mas ejecutivo, del medio mas breve, confiando el deseo ardiente de una fortuna loca á los caprichos de la loca fortuna.

Con este juego de palabras quiero decir que apeló al juego.

Juego es el camino mas corto que hay de un bolsillo á otro.

El juego es una pendiente en cuyo fondo está el garito. Está averiguado que jugar es perder, porque cuando no se pierde el dinero, se pierde la vergüenza, exceptuando el caso frecuente en que se pierden las dos cosas.

Jugó, pues, y perdió: lo perdió todo: entró en el ga-

rito y fué hombre perdido; solo ha podido encontrarse su cadáver.

El hombre se meteria las manos en los bolsillos y no encontraría nada; nada es cero, y trazó sobre su frente esa última palabra de la cantidad abriéndose un agujero en la cabeza.

Sin dinero no se puede gozar, sin gozar no se puede vivir.

Hé aquí un hombre que se condena á muerte por el delito de no tener una peseta.

Hé ahí puesta en práctica la última solucion de la economía moderna.

Mathus lo ha dicho con la mayor naturalidad del mundo: el que no tengapara vivir, que se muera.

Este mundo es un festin, en este festin hay una mesa, en esa mesa hay un número de cubiertos; el que llega cuando todos los asientos están ocupados, ese no tiene cubierto en el banquete de la vida; ese ser está de mas en el mundo.

Ese ser debe suprimirse.

Esta es la última conclusion económica que pone en las manos del pobre el recurso inaudito de quitarse de en medio.

¿Y quién no es pobre en estos tiempos de riqueza?  
¿Quién tiene bastante para atender á todas las necesidades de la vida moderna?

¿Qué vacío inmenso es ese que se ha abierto en el corazon humano que de todas las bocas sale el mismo grito: mas, mas, mas?

A la edad de veinte y tres años hay un hombre que busca en una onza de plomo la solucion suprema de su situacion económica.

A esa edad en que se empieza á vivir, en que todo sonríe, porque todo está en perspectiva, porque todo está en esperanza, hay quien se mata por un puñado de oro.

De todas las desesperaciones que pueden apoderarse del corazon del hombre, no hay ninguna mas innoble que esa.

Es verdad que se necesita mucho valor para vivir en estos tiempos; pero si la juventud no tiene valor, ¿dónde iremos ya á buscar esa virtud del hombre?

¡Pero bah! usemos las palabras propias, no desnaturalicemos el sentido de las cosas, llamándolas con otro nombre.

No llamemos cobardía á lo que no es mas que impaciencia; no llamemos crimen á lo que no es mas que prisa.

A todos se nos hace tarde.

En esta carrera de caballos todos queremos llegar los primeros.

¡Adelante! nos grita la voz impetuosa de la civilizacion, y al que no puede seguir el impulso de la corriente que nos arrastra, no le queda mas recurso que dejar la carga de la vida en medio del camino.

Por eso raro es el día que el oleaje de este *maremagnum* no arroja algun cadáver á la orilla.

El cadáver de un hombre de veinte y tres años que se ha descargado de la vida, dice claramente que aquel hombre no queria esperar mas tiempo.

Los placeres, multiplicando sus formas atractivas, los vicios redoblando el poder de sus incentivos debian agujonear su espíritu.

La voz del siglo debia repetir en sus oidos esta palabra brillante:

Lujo, lujo.

Y el hombre, pidiéndole á la civilizacion el gran recurso de la felicidad suprema, gritaria con todas las fuerzas de su alma:

Oro, oro.

Apartais el rostro con horror compasivo del triste espectáculo de su cadáver, y sin embargo lo que teneis delante es una lámpara que acaba de apagarse porque... porque no tenia aceite.

Si el tribunal ante el que habrá ya comparecido el alma de ese cadáver no fuera el tribunal de la justicia eterna: si en vez de juzgarlo el que todo lo sabe, el que todo lo ve y el que todo lo puede, compareciera ante el tribunal de eso que se llama filosofía moderna y lo juzgaran los hombres del siglo, que quieren verlo todo, saberlo todo, poderlo todo, debemos decirlo, el suicida sería absuelto.

Su defensa podria ser formidable.

« Filósofos, diria: ¿de qué se me acusa? ¿cuál es mi crimen? ¿qué ley he violado? ¿En qué está ofendida vuestra religion, ó vuestra moral, ó vuestra justicia? Si mi vida es un capricho de la naturaleza, una obra de la casualidad, una mera creacion de la materia, un producto químico mecánico arrojado á la superficie de la tierra por la fuerza activa de la elaboracion universal, ¿á quién, decidme, debo yo mi vida? Y si mi vida es mia, si á nadie se la debo, vosotros, proclamadores de los derechos individuales y de la libertad individual, ¿me negareis á mí el derecho de disponer de mi vida arrancándome la libertad de matarme? »

» Naturalistas, yo no he hecho mas que volverme al seno de la naturaleza; panteistas, yo no he hecho mas que volver á confundirme con el *gran todo*. Materialistas, aquí no hay mas que un puñado de barro. Racionalistas, en fin, de todas especies y matices, yo me he arrancado la vida en virtud de un acto supremo de mi razon soberana; yo he discutido conmigo mismo el asunto de mi vida, he visto el pró y el contra y he votado mi muerte por unanimidad. ¿Qué teneis que decir? »

» Y vosotros, sabios economistas, ¿qué cuenta me pedis? ¿En nombre de cuál de vuestros principios podeis obligarme á vivir sin una peseta? ¿Qué virtud enseñais en nombre de la cual pueda yo resignarme á vivir perpétuamente pobre? ¿Dónde habeis adquirido la

facultad de poner límites á mis necesidades?»

Sí, la *ciencia moderna*, erigida en tribunal de justicia, lo declararía inocente.

Solo Dios sabe la sentencia que le tendría reservada la justicia eterna.

Pues bien, esta ciencia tiene sus maestros.

Para matarse se necesita algo mas que una pistola, algo mas que un brazo que apunte y que una mano que la dispare.

Se necesita, digámoslo así, mucha ciencia, toda la ciencia moderna.

Un suicida á los ojos del sentimiento público causa horror, y sin embargo, un suicida es un *filósofo* práctico.

Aquellos son los principios y esta es la consecuencia.

Un suicidio es un crimen á los ojos de la moral eterna. Bien; pero hay que mirar las cosas mas humanamente.

Un suicidio es la última operación de la última economía.

¡Soberbio negocio!

José SELGAS.

## Los montañeses de los Vosges

(Francia.)

TIPOS, USOS Y COSTUMBRES.

(Conclusion. — Véase el n.º 731.)

El *vendedor de utensilios de madera* es otro tipo errante de los valles de Celles y de Granges. Dos ó tres veces al año los recorre y son siempre bien recibidos, gracias á sus diversas é ingeniosas industrias. El ramo principal de su comercio, que consiste en la venta de los muebles de madera del Valtin, ha decaído mucho en estos últimos tiempos á consecuencia de la invasión siempre creciente de los productos de la mecánica moderna, que con materiales sumamente ligeros, suministra hoy á un precio baratísimo todos los utensilios que vendía el pobre mercader ambulante. Sin embargo, por mas que ha hecho, no ha sabido reproducir en su primitiva sencillez las cazuelas de madera, cucharas, etc., que



Tipos de los Vosges. — El vendedor de utensilios de madera.

vendía nuestro hombre, que por consiguiente continúa impertérrito sus correrías. Además, este hombre tenía otra misión: durante largo tiempo ha sido el único noticiero en las pintorescas comarcas que visita. Pero su mala suerte ha querido también que los periódicos penetren en los países donde hace algunos años era él la única gaceta.

Desposeído digámoslo así de su doble misión, ha apelado á un ramo mas estable de literatura anual, y hoy vende almanques, sobre todo el del *Mensajero* de Estrasburgo, el único que está en boga en toda la Lorena. Es de desear que los cientos de calendarios que ven la luz pública en Paris no penetren en el territorio que explota el pobre viejo.

— El dibujo que sigue se puede titular: la *Comedia campestre*. Como el asunto puede parecer algo oscuro, preciso será que entremos en algunas explicaciones. Esto nos obliga á revelar algunas particularidades que tienen relacion con el malogrado autor de estos dibujos. Hijo de los Vosges, M. Valentin tuvo dos maestros: el primero de ellos fué el mencionado almanaque de Estrasburgo, y el segundo fué Polichinella. No hay que reirse. El singular bufon napolitano que contempló, siendo niño, M. Valentin en las ferias populares de los Vosges, le inspiró un entrañable afecto. De vuelta en su casa, se puso á recortar, á iluminar y á vestir á modo de polichinellas varios pedacitos de madera, y la cosa le salió tan bien que muy luego pudo dar á sus paisanitos el admirable espectáculo de las hazañas del *signor Pulcinella*. Esta brillante exhibición se ve representada en nuestro dibujo. El mismo empresario la ha trazado, ocultándose modestamente detrás del telon.

— El *pregonero* de Allarmont es otro noticiero de la aldea. El es quien está encargado de la promulgacion de los decretos y bandos oficiales del alcalde del pueblo. También entra en sus atribuciones complejas y universales, el transmitir á los interesados los avisos concernientes al buen orden y salubridad pública, así como los informes particulares, los perros perdidos, las almonedas, etc., etc., todo esto acompañado siempre del oportuno redoble.



La comedia campestre.



El pregonero de aldea.

La mujer lleva la caja y el hombre los palillos : es un tambor por partida doble. Nuestro dibujo es un retrato. El tío Aubert, que es el personaje que representa, fué en otro tiempo un violonista distinguido en la comarca. Hoy le tiemblan los dedos lo mismo que las piernas; pero no por eso deja de estar encargado de tocar para que bailen los mozos y las mozas. Además tiene un pico de oro, y es la diversion de cuantos le escuchan, jóvenes ó viejos.

— *El cortador de choucroute* (col preparada), es un industrial que llega del Tirol, ó cuando menos de ultra-Rhin. Todos los años aparece por los meses de setiembre y octubre, con su franca y jovial fisonomía, su pelo largo, su sombrero puntiagudo, su traje de ópera cómica y su instrumento para cortar la col en pedazos largos y delgados. Esta es otra invencion del espíritu moderno. El cortador de choucroute no habla ninguna lengua determinada; pero las chappurea todas, porque ha visto muchísimos países. Llega á la Lorena por la Alsacia; pasa allí el principio del otoño y se va no se sabe adonde, despues de haber concluido su tarea.

Los productos de su instrumento ofrecen una finura extraordinaria : todas las rebanadas son como encaje, por su ligereza y regularidad. En esto está la ventaja de la antigua cuchilla que cortaba siempre mal y de mala manera.

— *Las rastrilladoras de cáñamo*. — Ya hemos dicho que el cáñamo es una de las principales producciones de los Vosges. Nuestro grabado representa á las rastrilladoras de Allarmont, que con los instrumentos llamados el *poingerot* y la *poinge*, dan al cáñamo la preparacion indispensable.

— *Las aldeanas de Bussang*. — La hermosura de las aldeanas es proverbial, y no hay duda que merecen la fama. Pero ¡ cuántos distritos no hay en Francia que serian dignos de igual nombradía si fuesen mas conocidos de los viajeros ! Entre este número y en primera linea debemos citar el de Bussang, cuyas aguas minerales, gaseosas y ferruginosas, obtienen un gran triunfo medici-



Tipos de los Vosges. — El cortador de choucroute.

nal, tanto por su agradable gusto cuanto por sus propiedades curativas. Por una anomalia singular, se beben muy poco en aquellos lugares, y se envian en grandes masas (de 20 á 30,000 botellas anualmente) tanto á los departamentos franceses como al extranjero. Pero los habitantes de Bussang, que no tienen la eleccion del liquido, consumen estas preciosas aguas, ya puras, ya mezcladas con vino, como pasto ordinario. Lejos de nosotros la idea de introducir aquí un anuncio termal; pero es seguro que el uso de estas aguas aperitivas ejerce en la salud y el vigor de las poblaciones que las beben los mejores y mas visibles efectos.

Las alturas de Bussang, desde las cuales se distingue una parte de la Suiza, de la Selva Negra y del Rhin, son seguramente una de las estancias mas saludables de todo el distrito y aun del pais. Otra porcion de localidades de los Vosges y de la Lorena, colocadas en las mismas condiciones atmosféricas é higiénicas, están lejos de distinguirse por el mismo carácter de hermosura en las razas, bien que, por lo demás, esta provincia sea una de las privilegiadas del territorio. Una causa local particular es pues la única explicacion plausible de la proverbial belleza del tipo de Bussang, sobre todo entre las mujeres. Lo que afirma la prueba, es que este tipo no tiene carácter distintivo, como entre las rubias alemanas, ó las morenas andaluzas : no es, propiamente hablando, ni rubio ni moreno, y se caracteriza por una frescura y una gracia admirables. Esas preciosas criaturas tienen las facciones finas y expresivas, piés y manos pequeños, y una figura esbelta.

A esto hay que añadir que usan el traje de las montañesas en toda su pureza : vestidos de colores vistosos y un inmenso sombrero de paja con lazos negros.

Hé aquí terminada nuestra tarea de dar á conocer los tipos de los Vosges, diciendo de pasada dos palabras sobre los usos y costumbres de un pais tan poco conocido, aun entre los franceses.

L. M.



Las aldeanas de Bussang.



Las rastrilleras de cáñamo.

## Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— El caballero Crichton se hallaba al lado de la reina de Navarra, contestó el enmascarado.

— Y ella... ella habrá bebido á su salud, ¿habeis observado eso?

— He visto escanciar el vino; he oído el brindis, que se pronunció en voz baja; Crichton elevó la copa á sus labios...

— ¡ Ah! ¡ loada sea la Virgen! exclamó Catalina con aire triunfante; ese vino era mortal. Rugieri, las estrellas te han engañado, tu horóscopo era falso; ha bebido la pocion; ¡ nuestro enemigo ya no existe! Señor enmascarado, sed bienvenido; nos traeis felices nuevas, y como os prometimos deciros algo mas sobre la suerte de Crichton cuando viniérais aquí, os diré que aquella copa...

— Estaba envenenada; ya lo sé, señora, contestó el enmascarado.

— ¡ Ah! ¿ tan rápido ha sido su efecto? ¿ Ha muerto?

— Vive.

— ¡ Vive!

— La piedra preciosa de su anillo le advirtió á tiempo el peligro. La mortal bebida no tocó sus labios.

— ¡ Maldición! exclamó Catalina; ¡ ah! pero aun cuando en eso hayamos fracasado, veinte asesinos rodeaban el Louvre y no puede haber ruido.

— Crichton ha salido del Louvre burlando la vigilancia de los espías y se halla ahora en sitio seguro, contestó el enmascarado.

— Mis horóscopos no me engañan jamás, segun veis, señora, dijo Rugieri, que á pesar de aquella mala noticia no podía reprimir su alegría por aquel supuesto testimonio de sus conocimientos astrológicos. Mis temores no carecian de fundamento.

— ¡ Silencio! exclamó la reina.

Y dirigiéndose al caballero añadió:

— Al solicitar que os presentarais aquí, era para conferenciar con vos sobre asuntos de mayor importancia que la evasión de ese escocés, y os pido mil perdones por haberos molestado tanto tiempo. Sin embargo, debo deciros que no estoy acostumbrada á la derrota, y no me sorprenderia que ese hijo de la fortuna, envanecido con su victoria, se aventurase hasta penetrar aquí para libertar á la veneciana, segun lo prometió ante mi hijo. Pero no, su audacia misma debe reconocer cierto limite. ¡ Ojalá cumplierse su fanfarronada!

— Pienso que vuestros deseos quedarán satisfechos, señora, pues no dudo que Crichton cumplirá su palabra.

— ¿ Esta noche?

— Esta noche. ¿ Estais segura que no se halla ya aquí?

— ¡ Caballero!...

— Señora, esa pregunta no carece de fundamento; él sabe que me habeis dado una cita; ha salido del Louvre con un disfraz igual al mio, sin que pudiera cogerle vuestra gente; ha jurado libertar á la veneciana. ¿ Por qué no mirar si se encuentra ya aquí?

— Olvidais, caballero, que solo vos teneis mi guante. Vuestro enemigo puede llevar el mismo traje y la misma careta; pero sin esa contraseña no puede entrar en nuestro palacio.

— Mi enemigo posee el sello del rey, que hasta vuestra misma *guardia* debe respetar, señora, contestó el enmascarado.

— ¡ Ah! ¡ es cierto! exclamó Catalina; hé ahí una cosa nueva. Rugieri, ¿ qué guardia tenemos abajo? ¿ Cuántos hombres hay?

— Media docena á toda prueba, con un italiano y un hijo de Anak, que he tomado hoy á vuestro servicio. Son hombres que nada temen y que tienen mas de una injuria que vengar en ese escocés, pues son estudiantes de la universidad.

— ¡ Basta! mandad que se presenten ante nosotros.

Rugieri dió una patada en el suelo.

— Señora, dijo el enmascarado con acento severo, yo acostumbro á buscar á mis enemigos en campo abierto, espada contra espada, y no puedo presenciar un asesinato á sangre fria.

— ¡ Un asesinato! repitió Catalina sonriendo con desden; esa palabra no es propia tratándose de la justicia de una reina. ¿ Vienen ya, Rugieri?

Apenas acababa Catalina de pronunciar estas palabras, cuando se vieron subir por la trampa, cuya puerta tenia el enano abierta, varias sombrías figuras, que fueron colocándose en silencio ante la reina. Entre aquellos hombres, hallábanse dos que ya conoce el lector, el estudiante Caravajia y el gigantesco Loupgarou. Aquellos bribones parecian estar en su elemento natural, y sus feroces semblantes armonizaba de una manera extraña con el género de ocupacion á que se entregaban en aquel momento.

— Retiraos detrás de esas esculturas, dijo Catalina haciendo un gesto de mando, y que se quede aquí tan solo aquel cuya daga sea mas segura.

— ¡ Por la vida del rey! reclamo de V. M. ese honor, dijo Caravajia; mi daga no me ha faltado jamás.

— Veremos, tunante, si tienes esta vez mas acierto que el que tuviste á las puertas del colegio de Navarra. Te advierto que la víctima es el mismo caballero escocés.

— ¡ Cómo! es á Crichton á quien V. M....

— ¡ Hola! ¿ te atreves, insolente, á entrar en contestaciones conmigo? Colócate debajo de la trampa y hiere en el momento que suba.

Caravajia sacó su daga y obedeció el mandato de la reina.

— Creo que ahora no se nos escapará, exclamó Catalina con aire de triunfo.

— ¿ Es posible, señora, que presenciéis ese asesinato sin comoveros?

— Ya vereis cuánta es mi serenidad; aun no me conoceis, caballero.

— Oigo pasos, dijo Rugieri; ya viene.

— ¿ Estás pronto? preguntó la reina al italiano.

— Mi daga está sedienta de sangre, contestó Caravajia; veo la ondulacion de un dominó en la galería de abajo; el que avanza es un enmascarado, pero no es Crichton.

— Cállate, imbécil, él es.

— Señora, dijo el enmascarado con firmeza, ese asesinato no se cometerá á mi presencia.

— ¿ Pensáis acaso defender á vuestro enemigo? preguntó la reina con ironía; ¡ un italiano perdonar!...

— Yo no pido á V. M. la vida de Crichton, pues bien veo que sois implacable; solo os ruego que no se dé el golpe hasta que le hayais careado conmigo. Mandadle prender y esperad á que hable; pero que no le hieran hasta que yo me haya descubierto.

Una sonrisa terrible iluminó el semblante de Catalina.

— Aunque me pidiérais esa gracia de rodillas, dijo, y aun cuando dependiese de ella la salvacion de mi alma, no aplazaria mi venganza ni un segundo. ¿ Me comprendéis, caballero?

— Perfectamente, replicó el enmascarado poniendo la mano en la empuñadora de su espada.

Siguióse un profundo silencio; no se oia ni la respiracion. Aquel asesinato esperado á cada momento tenia algo de espantoso, que oprimia de horror el corazon de los circunstantes. El lívido semblante de Rugieri habíase tornado cadavérico.

Solo Catalina parecia mortrarse superior á aquella debilidad humana. Su rostro expresaba un sentimiento de triunfo, y escuchaba atentamente el ruido de los pasos. Este llegó á ser mas distinto, y bien pronto pudo verse asomar por la trampa el extremo de una pluma negra.

Catalina hizo una señal á Caravajia, y este último levantó su daga, retrocediendo un paso para descargar el golpe con mas fuerza. El recién venido, que subia lentamente, lanzó una exclamacion al ver á la reina y á sus compañeros; en aquel instante el arma del italiano brilló como un rayo á la luz de la lámpara, pero su brazo se halló detenido por los agudos colmillos de Druida, y la daga cayó al suelo. El recién llegado cuya careta y disfraz era en un todo igual al del caballero negro, estremeciéndose y miró á su alrededor con inquietud.

— ¡ Huid! gritó el caballero; se han descubierto vuestros planes y vuestra estratagemas; vuestra vida está en peligro; ¡ huid!

— Mi gente se halla al alcance de mi voz, contestó el enmascarado llevándose un silbato á los labios.

Pero antes que pudiese emitir un sonido, cerróse la trampa con sordo estruendo bajo sus piés. El enano acababa de dar vuelta al mecanismo.

Levantóse entonces Catalina, y fijando sus penetrantes ojos en el caballero, le dijo:

— Hace un momento, caballero, que os decia que no me conociais; cuidad no os cueste muy caro el haberme conocido. Os perdono la imprudencia en gracia de vuestra juventud; pero no os espongais segunda vez á incurrir en mi desagrado. El proverbio dice que el ofensor escribe en la arena; el ofendido en el mármol; pero mi resentimiento está escrito en el diamante. Ese hombre me ha retado y ¡ por la cabeza de mi padre, yo os juro que morirá!

— ¿ Qué debo yo comprender por esto, señora? preguntó el recién venido, con una voz tan parecida á la del caballero que habia llegado antes, que nadie hubiera podido notar diferencia alguna en la entonacion, y que hizo estremecer á la misma Catalina.

— ¡ Por vida mia! exclamó la reina dirigiéndose al caballero; si no estuviese segura de vuestra identidad, apenas creeria lo que veo. La supercheria es maravillosa.

— Por mi parte no hay supercheria alguna, contestó el enmascarado con tono altivo; V. M. es víctima de alguna equivocacion.

— Os portais á las mil maravillas, contestó la reina; pero vuestra serenidad no os servirá de mucho. ¡ Quitadle la careta!

A esta orden de la reina los hombres de armas, conducidos por Loupgarou, se lanzaron de su escondite.

— ¡ Ah! ¡ por san Antonio! ¡ atrás! gritó el enmascarado poniéndose á la defensiva; el primero que avance es muerto.

— ¡ Oh! ¿ rehusais quitaros la careta? dijo la reina; os condenais vos mismo, caballero.

— A vos, señora, no tengo inconveniente en mostrar mis facciones, repuso el enmascarado; pero ante esos bribones, jamás. ¿ Olvidais á quién haceis esta afrenta?

— No lo olvido, contestó Catalina con desden; yo afrento al que ha desafiado mi poder abiertamente, amenazando arrancar á una jóven cautiva de mis manos, y que ha expuesto su propia cabeza en esta lucha. Ha fracasado, y no puede esperar que le perdone.

— Pero esas son las palabras de Crichton, señora.

— Pues ese sois vos, y por eso rehusais descubrir vuestras facciones.

— Entonces mandad á vuestros hombres que quiten la careta al caballero que está á vuestro lado.

— ¡ Insolente! exclamó la reina. No perdamos el tiempo. ¡ Sús á ese hombre! ¡ herid, tunantes! despues podremos examinar el semblante.

— ¡ Deteos, miserables! gritó el caballero sacando su espada y colocándose entre el recién venido y los esbirros, deteneos, ó...

— ¡ Caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! exclamó la reina con impaciencia. Ya os lo he advertido.

— Con una sola condicion, señora, envainaré mi acero.

— Si esa condicion es la vida de Crichton, es en vano que la propongais, contestó la reina.

— No os pido la vida de Crichton, replicó el caballero; solo os ruego que aplacéis la venganza. Concededme algunos minutos de conferencia, y permitid que el quitarme la careta sea la señal para que vuestros ejecutores sacrifiquen á su víctima.

— Sea como decís, contestó Catalina.

Y á una señal de la reina, antes que pudiese oponer ninguna resistencia, Loupgarou y sus satélites desarmaron al enmascarado, sujetándole los brazos á la espalda con una correa. Entre tanto Caravajia, despues de haber dejado un trozo de su traje entre los dientes de Druida, se unia á sus compañeros murmurando sordas imprecaciones.

— ¡ Ira de Dios! gritó á Loupgarou, ese perro debe ser brujo, y bien puedo decir con el viejo Cornelio Agripa: *Abi perditam bestiam que me totum perdidisti.*

— Escuchadme, señora, exclamó el enmascarado ciego de cólera: os lo repito, sois víctima de un engaño. Mandad que se quiten ambas caretas y podreis convenceros.

— Yo obraré segun me parezca, caballero, contestó Catalina.

Y dirigiéndose á los esbirros añadió:

— Conducidle á la sala de armas y cuidad que se cierren bien las puertas. Si alguien intenta libertarle, no esperéis nuevas órdenes.

— Comprendemos á V. M., dijo Loupgarou con voz bronca é inclinando su enorme cuerpo hácia la reina, como un gran cedro encorvado por la tempestad del desierto se inclinaria hácia un arbolillo; ¿ teneis que darnos alguna otra orden?

El caballero se interpuso de nuevo.

— Espero, dijo, que V. M. dará orden para que se trate á vuestro cautivo con todo el respeto y consideracion que se merece un noble y leal caballero, pues me habeis prometido que no se le hará ningun daño antes de quitarme la careta. Preferiria quitármela al momento y fijar desde luego su suerte, antes que exponerle á los innobles insultos de una banda de miserables, insultos que, en su lugar, me harian mas daño que la punta de sus puñales.

— No veo una razon para que se le respete, cuando él no nos ha respetado á nosotros, caballero, repuso Catalina con sarcasmo; pero hágase como deseais.

— Tratadle con toda la consideracion posible, añadió dirigiéndose á Loupgarou. Bueno será que esté tranquilo durante los momentos que le quedan para prepararse á la eternidad. Vigilad con cuidado; vuestra vida me responde de la suya.

— Señora, exclamó de nuevo el enmascarado, por mi alma os juro que estais engañada.

— ¡ Llevadle! dijo la reina.

Y sin que tuviese tiempo de decir una palabra mas, bajaron al enmascarado por la trampa, y se cerró tras él la puerta de hierro.

Entonces el enano expresó su satisfaccion con mil gestos diabólicos; Catalina batió las palmas, segun tenia costumbre de hacer cuando estaba muy contenta, y volviéndose hácia el caballero, le dijo con una amable sonrisa:

— Ahora vamos á tratar acerca del punto que mas interesa á vuestro corazon, hablando de aquella á quien queria libertar el caballero Crichton. ¿ Deseais verla?

— He venido con ese objeto, contestó el caballero.

La reina hizo una seña á Rugieri, y este, seguido del enano, se dirigió entonces hácia la parte de la cámara cerrada por cortinas, y comenzó á describir en el suelo ciertas líneas con su varita, en tanto que el enano arrojaba en un brasero trozos de maderas exóticas y una sustancia odorífera. La cámara se llenó al momento de un espeso vapor, que formaba una densa nube.

— ¿ Será necesaria alguna ceremonia mágica antes de verla? preguntó el caballero con impaciencia.

— ¿ No os he dicho ya que hay que conjurar una hechiceria? replicó Rugieri. Esa jóven está bajo el dominio de invisibles, pero poderosas esencias, en las cuales ejercen todo su poder estos procedimientos. No solo vereis á esa jóven en persona, sino que sabreis por qué encanto ha tenido vuestra alma subyugada tanto tiempo.

— No se necesita conjuro alguno para descubrir la naturaleza de ese encanto, contestó con impaciencia el caballero. Aquella cuyos ojos superan en brillo á la estrella de Aldeboran, y cuyas formas rivalizan en ligereza con las de la sílfide Agla, no tiene necesidad de recurrir á los encantos para cautivar el corazon de su

amante. Adivino sin tu ayuda de dónde viene la fascinación.

— ¿Y podéis adivinar igualmente de dónde viene la repugnancia que experimenta por vos? ¿Podéis decirme qué poder la hace resistir á vuestra amorosa persecución?

— El poder sobre el cual ningún arte ni encantos humanos ó sobrehumanos, pueden nada; el de la virtud, contestó el caballero.

— ¡Bah! replicó Rugieri, encogiéndose de hombros desdeñosamente; el honor de un hombre y la fe de una mujer son como las joyas con que se adorna un traje, pero tienen muy poca utilidad real para su poseedor. No comprendo las ventajas de semejantes cualidades ornamentales, ni tengo tampoco mucha fe en su existencia. La virtud no tiene mucho que ver con la repugnancia de esa jóven hacia vos. Ella prefiere á otro, y además ha tenido en su poder un amuleto que, como ya os he dicho, la he quitado esta mañana del cuello. Tomad esta llave, caballero; la he metido esta mañana en un filtro tan eficaz, que no puede menos de excitar el amor de esa jóven por el que la lleve. Su corazón no será mucho tiempo de Crichton, sino de vos.

El caballero tomó la llave y se puso á examinar atentamente su curioso trabajo. Rugieri se alejó para continuar sus operaciones misteriosas.

— En tanto que mi astrólogo se ocupa en sus fumigaciones, dijo Catalina en tono confidencial, vais á saber, caballero, el secreto que tenía que descubrirnos; secreto que, según ya os dije, os concierne de cerca.

— ¡Un secreto que me concierne, señora! dijo el caballero, cuya vista no se apartaba de la llave de oro; ¿tiene alguna relación con la veneciana?

— ¡Por Nuestra Señora! exclamó Catalina con desprecio; Rugieri no se engañaba mucho al decir que estáis hechizado por esa jóven; vuestros pensamientos no se dirigen á otra cosa. Pero ¿creéis, caballero, que yo esté subyugada por su fascinación hasta el punto de que me trastornen la cabeza los asuntos de una actriz?

— Dispensadme, señora, pero yo creí que habíais hecho algún descubrimiento respecto á la condición de esa jóven. Hay en esta llave una inscripción que arroja alguna luz sobre su historia.

— ¿De veras? exclamó Catalina; ¿y qué os dice esa inscripción?

— Que es hija de una dama de Mantua de elevado rango, y que se llama Ginebra.

— ¿Cómo habéis sabido eso, caballero? preguntó el astrólogo acercándose con ansiedad.

— Por esta llave, en la cual hay escritos ciertos caracteres, que se han hecho inteligibles merced al poderoso ácido con que se han puesto en contacto. Aquí leo: «Ginebra, hija de Ginebra Malatesta, Mantua.»

— ¡Cielos! exclamó el astrólogo, temblando como si se le hubiera aparecido una visión.

— ¿Qué teneis? preguntó la reina.

— Nada, baluceó Rugieri, descaído sin duda ocultar el interés que le inspiraba el descubrimiento del caballero; ¡oh! ¿por qué me he desprendido de esa llave? ¿quereis hacer el favor de devolvérmela?

— ¿Y de qué te servirá? dijo con desprecio la reina. Con ayuda de tu arte debiste haber descubierto esos caracteres ocultos. Pero ¿qué significan esas letras místicas y esa figura? ¿podéis descifrar ese nuevo enigma, caballero?

— La figura es la del planeta Saturno; las letras son caracteres cabalísticos, que se refieren por medio de números á los del alfabeto hebreo, formando cuando están reunidos una leyenda en dicho idioma, que puede interpretarse así:

Tú envenenastes la vida del padre;

Tú deshonrastes á la madre;

Protege á la hija desgraciada,

Ya que ha sido del cielo abandonada.

— ¡Singular inscripción! murmuró Catalina; y á fe mía, caballero, que habéis demostrado no poca habilidad al descifrar el enigma. Dudo mucho que nuestro cautivo Crichton, que según dicen es tan versado en los misterios de la cábala como Pico de la Mirándola, hubiera podido interpretarle mas felizmente.

— Dejadme ver esa inscripción, noble caballero, dijo Rugieri temblando de agitación; deseo examinar esos caracteres con mis propios ojos.

— Ahora no, ahora no, replicó Catalina con impaciencia; esa bagatela nos ha hecho perder ya mucho tiempo. ¿Qué nos importa quién fué el padre ó la madre de esa jóven!

— ¡A mí me importa mucho! exclamó el astrólogo. Y como si temiese haber descubierto su pensamiento, añadió con mas calma:

— Es decir, me importa, porque si yo poseyera ese talisman, mi encanto sería mas perfecto.

— Es inútil, contestó la reina; vamos, vuelve á tu ocupación sin mas dilaciones.

Viendo Rugieri que toda oposición sería inútil, retiróse lentamente, dirigiendo una mirada de ternura al amuleto, que tan imprudentemente había abandonado á otro, y que en aquel momento parecía tener á sus ojos doble importancia que antes.

— Si V. M. desea comunicarme algo, dijo el caballero cuando se hubo retirado el astrólogo, me permitiré suplicarle que lo haga.

— Tengo que revelaros un secreto no menos singular

que el que acabais de descubrir por casualidad, dijo la reina; pero antes de hacerlo debo informarme si entre las bellas que habia anoche en el Louvre, habéis fijado la atención en una que ocupaba el primer puesto entre mis damas de honor, y que fué por mucho tiempo objeto de las atenciones del rey.

— ¿Quiere hablar V. M. de Esclarimonda? preguntó el caballero estremeciéndose. ¿Es posible que vuestro secreto se refiera á ella?

— Sí, contestó Catalina; acaso habreis oído decir que hay cierto misterio respecto á su nacimiento.

— He sabido, por lo que dice la corte, que Esclarimonda es huérfana y que descende de una noble familia de hugonotes; pero parece que por vuestras órdenes se oculta cuidadosamente su nombre.

— Veo que la historia referida por mi orden ha llegado á vuestros oídos, replicó Catalina; y sabed que no carece absolutamente de verdad. Esclarimonda es hija del jefe del partido hugonote, pero ese jefe era Luis I de Borbon, príncipe de Condé.

Durante un momento, el caballero pareció absorto por el asombro; lanzando despues una exclamación, quedóse pensativo, sin pronunciar una palabra.

— Veo, continuó Catalina, mirando fijamente al caballero, que mi revelación excita vuestro asombro, y á la verdad que no pensariáis que mi desconocida dama de honor Esclarimonda, fuese hija de una casa tan ilustre como la vuestra.

— Estoy en efecto admirado, baluceó el caballero. ¿Esclarimonda princesa de Condé! ¿Será posible?

— Ved esos papeles que prueban su nacimiento, contestó Catalina, colocando delante del caballero el paquete que la habia dado Rugieri. Leed ese despacho de Tavannes, que se apoderó de la princesa siendo niña; leed esas instrucciones del cardenal de Lorena; ved ese memorial del soldado que la cogió, ese testimonio de la persona á quien fué confiada, y en fin, mis propias cartas de aquella época. Recorred con la vista esos documentos y os convencereis de la verdad de mi aserto.

El caballero tomó el paquete con mano temblorosa y examinó su contenido rápidamente con la mayor avidez.

— Estoy convencido, señora, dijo despues de haber terminado su exámen; y supongo que el nacimiento de la princesa es un hecho completamente ignorado por el príncipe su hermano. ¿No es así?

— Enrique de Borbon cree que su hermana pereció en la infancia, contestó la reina; y voy á referiros succinctamente cómo la princesa cayó en nuestras manos, para que veais que las suposiciones del príncipe no carecen de fundamento. Cuando Luis de Borbon huía de Noyers á la Rochela, una emboscada puesta por mis órdenes en las gargantas de la montaña que hay cerca de Sancerre, con objeto de cortar la retirada á los fugitivos, sorprendió y atacó la litera en que iba la princesa con sus dos hijos. Por un milagro, aquella y su hijo pudieron salvarse; pero los soldados se llevaron en triunfo una niña pequeñita. Condé, á la cabeza de sus soldados, trató en vano de recobrar su tesoro; sus esfuerzos fueron, sin embargo, tan desesperados, que se recurrió á una estratagema para contener su furia. Robaron una niña de una casa, y habiéndola arrojado á los pies del caballo del príncipe, este creyó, engañado por los gritos de sus adversarios, que habia sido la causa de la muerte de su hija. Presa entonces de la mayor desesperación, no pensó ya mas que en salvar á su esposa y á su hijo, con los cuales pudo efectuar su retirada. Desde aquel día hasta el momento en que su sangre tiñó el campo de batalla de Jarnac, Condé ignoró que su hija vivía.

El caballero exhaló un profundo suspiro entanto que la reina se detenía un instante para ver el efecto que habia producido. Satisfecha aparentemente, continuó de este modo:

— Un mes despues del suceso que acabo de referiros, uno de los mas fieles emisarios de Tavannes nos trajo al Louvre una niña de blondos cabellos: era la princesa. Por consejo del cardenal de Lorena, uno de nuestros varones mas perspicaces, acordóse educar á la niña en la completa ignorancia de su rango, resolviéndose asimismo instruírle en los principios calvinistas de su familia. Ultimamente, á fin de ocultar mejor nuestros designios, hemos hecho entender á la princesa que la destinamos al claustro, notando con satisfacción el buen efecto que esta noticia ha producido en ella. El momento previsto por el sabio cardenal ha llegado; el complot está ya maduro, y es preciso ganar á los hugonotes. Con Esclarimonda tenemos el medio de sujetarlos á nuestro arbitrio; en ella tenemos un resguardo de la fidelidad de Condé si une sus armas á las nuestras, y podemos tambien paralizar sus esfuerzos si se declara contra nosotros.

— Hé ahí un plan bien combinado, señora, contestó el caballero, que apenas podía reprimir su indignación; plan digno de Maquiavelo, de quien era discípulo bien conocido el cardenal de Lorena. Pero ¿me permitiréis, señora, preguntaros si pensáis devolver la princesa á su hermano? Y sobre todo, ¿cuál es vuestro objeto al hacerme depositario de un secreto tan importante?

— Vuestras preguntas son algo abruptas, caballero, replicó Catalina con aire de desagrado; pero contestaré á ellas con franqueza. Vuestra alianza con Anjou y vuestra fidelidad hacia nuestro partido, os hacen digno de nuestra confianza y no os la retiraremos. Vais á saber ahora por qué se os confía un secreto tan importante; pero antes contestaré á vuestra primera pregunta, diciéndoos, que no tengo intención de devolver la princesa á su hermano hasta que se haya cumplido nuestro

objeto. Tenemos otras miras mas elevadas y faltanos aun disponer de su mano y casarla.

El caballero se estremeció.

— ¡Cómo! exclamó con viveza, ¿querrá acaso Vuestra Majestad valerse del dominio que tiene sobre la princesa para influir en su destino y disponer de su mano sin el consentimiento de Enrique de Borbon?

— Ciertamente, ¿pensáis que sea necesaria la aprobación del príncipe de Condé para ratificar una alianza resuelta por Catalina de Médicis? Concederé su mano al que nos sirva mejor, no al que sea de su gusto ni al que elija Enrique de Borbon, pues la elección de este podría recaer en algun jefe hostil al partido protestante, ó bien la princesa preferiría entre todos á ese arrogante aventurero escocés cuya vida depende de una de nuestras palabras, y que, según tengo entendido, ha osado dirigirse á ella.

— Debe suponerse que ese caballero ignoraba el rango de la princesa, señora, pues estoy seguro que si Crichton hubiera sabido quién es Esclarimonda, nunca habria aspirado á su mano.

— No ha dejado de aspirar á los favores de mi hija Margarita de Valois, y el que osa tender tan alto su vuelo, no vacitaria en emprender esa nueva conquista. Veo que no conocéis el carácter de ese escocés, caballero, y yo que le conozco mejor que vos, os puedo asegurar que su móvil en todo es la ambición. Si yo le dejara ahora en libertad, descubriéndole el secreto que acabo de revelaros, lo primero que haria sería renovar á la princesa la expresión de su amor.

— Sobre este punto, estoy seguro, señora, que le injuriáis.

— No importa, repuso Catalina, de todos modos no le ofreceré ocasión para hacerlo. Crichton es uno de esos hombres á quienes se debe aplastar antes que lleguen á cierta altura. Elevarle sería poner en peligro mi propio poder; Enrique está, como sabéis muy bien, bajo el dominio de sus favoritos, y estos lo están bajo el de Crichton. Su inteligencia, su valor y su talento sin igual, le han dado ya un ascendiente completo en la corte, la mas fácil de dejarse seducir por semejantes cualidades.

— ¿Y son esas todas las faltas de que acusáis á Crichton, señora? preguntó el caballero.

— No, contestó Catalina; aun hay otra mayor.

— Ruego á V. M. me la diga.

— Es de una honradez incorruptible, dijo Catalina; á no ser así, hubiera sido el instrumento mas conveniente á nuestros designios, en vez de un obstáculo.

— Que desaparecerá bien pronto, añadió el caballero con gravedad. Ahora si gustais, podremos volver á nuestra interrumpida conversacion.

— Es verdad, caballero, replicó Catalina; quisiera que me dijerais vuestra opinion acerca de Esclarimonda. ¿La encontrarais tan hermosa como nuestras damas de Italia? ¿Qué pensáis?

— Su hermosura no tiene igual, murmuró el caballero suspirando.

— Ni la misma María Estuardo, cuando se hallaba en el cénit de su juventud y hermosura, y cuando se veía rodeada de mil adoradores, era mas hermosa que Esclarimonda, dijo Catalina sonriendo.

— Así lo creo, señora, y soy en un todo del mismo parecer.

— Es tan hermosa, que si Anjou no fuese aceptado por Isabel de Inglaterra, lo cual es muy posible, le consolaríamos concediéndole la mano de la princesa mas hermosa de nuestro tiempo. De este modo, lo que mi hijo perdiera en poder, lo ganaria en hermosura. ¿Qué decis, caballero? ¿No aprobais esa alianza?

— Os ruego, señora, que no exijais que conteste á esa pregunta, repuso el caballero con aire turbado, pues me interesa tan profundamente la suerte de la princesa, que no podría emitir una opinion imparcial en ese asunto. No discutiré, pues, acerca de la conveniencia de ese enlace, y me limito á decir que Esclarimonda es digna del primer príncipe de Europa, que podría tenerse por feliz al obtener su mano.

— Siendo esa vuestra opinion, caballero, contestó Catalina, ¿qué diriais si cambiáramos el título del futuro esposo? ¿Qué diriais si á Francisco de Valois sustituyéramos Vicente de Gonzaga, príncipe de Mantua? ¿Os parecería mejor esa alianza?

— Señora, baluceó el caballero.

— ¿Acaso no habré leído bien en vuestro corazón? ¿No amaríais á la princesa?

— Mas que á mi vida.

— Entonces es vuestra; os la damos, y la dotaremos como no lo harian ni los mismos Farnesios.

Un profundo suspiro fué la única respuesta del caballero; interpretando aquel silencio á su modo, continuó la reina:

(Se continuará.)

## Funerales

DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GOUSSET.

Una muchedumbre inmensa, que contenian con mucho trabajo la tropa de línea y la gendarmería montada, estacionaba hacia mas de una hora, en las cercanías de la espléndida catedral de Reims, cuando un repique general de campanas anunció que el cortejo fúnebre acababa de salir del arzobispado.

Dos discursos fueron pronunciados en el gran salon del palacio arzobispal, donde se hallaba expuesto el cadáver: el primero por el prefecto del Marne, y el segundo por el subprefecto de Reims, en su calidad de presidente de la academia local.

El numeroso y bien organizado cuerpo de bomberos protegía el desfile que tuvo efecto en el orden siguiente: los cuatro suizos de la catedral, vestidos de gala; los seminaristas, con la cabeza descubierta; los sacerdotes de las ciudades y aldeas contiguas; los decanos, los canónigos honorarios y los titulares, con el armiño y la cruz; cuatro vicarios de la catedral, escoltados por un arceobispo, y llevando en unas angarillas, la urna con el corazón de Monseñor Gousset; cinco obispos, con la mitra y asistidos por sus respectivos canónigos; los prelados de Saint-Dié, Chalons, Beauvais, Soissons y Amiens; Monseñor de Bonnechose, cardinal-arzobispo de Ruan. Luego venía el cuerpo, extendido en un féretro ricamente adornado y que llevaban alternativamente hermanos de las escuelas cristianas, eclesiásticos y obreros. Las doce cintas iban en manos de los prefectos del Marne y de las Ardenas, los diputados MM. Goerg y Perrier-Jouet, los presidentes de los tribunales civil y de comercio, el prócurador imperial M. Ragon, el presidente de las conferencias de San Vicente de



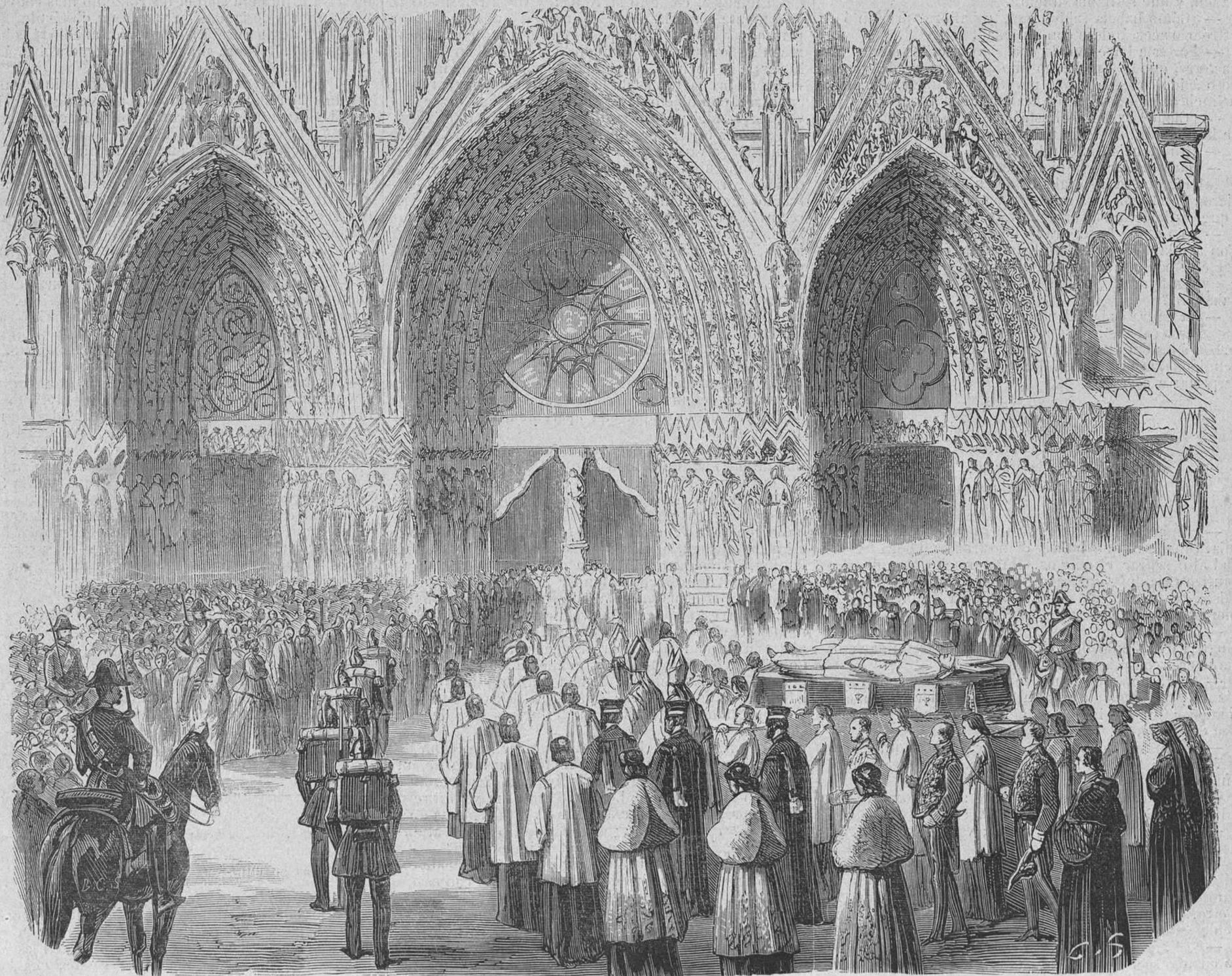
Monseñor Gousset, cardinal arzobispo de Reims.

Paul, los subprefectos de Reims y de Rethel y el provisor del colegio. Conducía el duelo, á nombre de la familia del difunto, M. Werlé, alcalde de la ciudad. Seguía un numeroso cortejo compuesto en gran parte de los principales miembros del consejo municipal de Reims, de la magistratura, del foro, de la universidad, de la academia local y de la escuela de Medicina.

Nuestro dibujo representa la llegada del cortejo ante la admirable portada de Nuestra Señora de Reims.

Monseñor de Soissons celebró la misa. Monseñor de Beauvais pronunció un discurso que produjo honda sensación en la asamblea, y luego el cortejo se puso en marcha hacia la iglesia de Santo Tomás, edificada á expensas de Monseñor Gousset, y bajo cuyas bóvedas ha querido reposar. Aquí M. Werlé, dijo algunas palabras que rebotaban la profunda estimación y cordial amistad que tenía por el difunto, y cada cual se retiró lentamente, bajo la impresión de tan imponente ceremonia. « Se sabrá, dijo M. Werlé, el puesto que ocupaba entre nosotros el cardinal Gousset, viendo el vacío que ha dejado. » Con efecto así será; pues tardará mucho en olvidarse al cardinal arzobispo de Reims, que fué bondadoso, conciliador, de una sencillez evangélica; y que ha muerto pobre y llorado por todos.

C. DE L.



Funerales de Monseñor Gousset.



ESCENAS DEL INVIERNO. — Un emigrante sorprendido por la nieve.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — La boga de los vestidos estrechos. — Riqueza de adornos. — Modelos fotografiados para nuestras lectoras. — La doble falda en los vestidos cortos y en los vestidos de cola. — Un traje completo. — Noticias sobre las novedades en los prendidos de baile. — Conclusion de los vestidos vaporosos, destronados por los que parecen fundas de paraguas. — De los tocados. — Las flores y las plumas. — Sobre las joyas al gusto del día. — El aderezo de una señora rusa. — Los pañuelos de mano: pañuelo abuela, pañuelo marquesa, pañuelo nuevo Imperio y pañuelo de las Estaciones. — Descripción del figurin de este número, que representa dos trajes de máscara.

Continúa con mas fuerza que nunca la moda de los vestidos estrechos. No podía menos de ser así, pues en esta época que atravesamos de tanto lujo en el vestir, estos vestidos se prestan maravillosamente a la riqueza de adornos. Un vestido estrecho está precioso cuando se halla adornado con ese gusto delicado é inteligente que caracteriza a las modistas de fama.

Citemos ejemplos, que por cierto no faltan.

Hemos visto un vestido de raso rojo indio, adornado en las costuras con terciopelo del mismo color. El bajo de la falda se abre en cada paño de modo que forma una punta que se destaca sobre una banda de terciopelo orlando una segunda falda, mas larga que la primera.

El cuerpo es escotado y tiene por adorno lazadas de terciopelo y de guipure de Cluny. La parte de la manga que toca al hombro, es de terciopelo.

Un segundo cuerpo montante tiene las costuras guarnecidas al estilo de las de la primera falda; los botones de terciopelo que le cierran adornan igualmente el bajo de las mangas, que son ajustadas hasta el codo.

Otro vestido de doble falda se compone de una falda de raso amarillo lisa, y de otra de terciopelo azul, teniendo a cada lado una alta abertura que deja aparecer un bullon de raso. El cuerpo está abierto hasta la cintura sobre un plastron abullonado de raso. Un cinturón artístico rodea el talle. Las mangas de este vestido son ajustadas de raso, con bullones de terciopelo azul formando *remontant*.

Tambien los vestidos de larga cola se hacen con dos faldas, la de debajo, de seda grueso grano, negra, adornada de motivos compuestos con rulos de seda de color.

La falda de encima es de un color adecuado, y va guarnecida por abajo con una fantasía negra perlada de azabache. El cuerpo recibe adornos del mismo género.

Volviendo a los trajes cortos, hé aquí la descripción de uno completo, con su confección y su sombrero correspondientes.

La falda de debajo es azul de cachemira, y va guarnecida con un alto volante plegado, interrumpido de trecho en trecho con unos *goussets* de terciopelo negro en medio de los cuales hay una hilera de perlas de cristal.

La otra falda es de color leonado de poul de seda, y sin pliegues en el talle. Por delante hay una abertura en forma de delantal, de 40 centímetros de altura solamente; los lados están recortados en redondo, así como todo el contorno.

Entre cada onda hay un lazo de terciopelo negro con perlas de cristal.

Cuerpo breton, leonado y azul por arriba; un terciopelo negro traza el contorno y se encuentra tambien adornado de perlas de cristal.

Mangas justas al brazo, de color leonado-azul por abajo sobre una altura de 20 centímetros.

Un terciopelo negro sembrado de cristal guarnece la bocamanga de color leonado.

Con este vestido se lleva un paletó de terciopelo negro, todo bordado de azabache. Por último, el sombrero es de terciopelo negro y está adornado de plumas de faisán. Al lado y por dentro, follaje de terciopelo encarnado.

Mucho trabajan ahora las modistas en los trajes de baile, y como ya hemos visto algunos para las grandes fiestas de este invierno, podemos decir ya cuál será el aspecto general de estos prendidos.

Preciso será renunciar a los vestidos abultados y vaporosos, y ponerse una especie de funda de paraguas, abullonada y estrechada en el bajo de las partes sesgadas, con guirnalda de flores. Los adornos se aplican sobre el cuerpo ó se abandonan al juego de los movimientos; pero se reducen en proporción a la disminución de la amplitud de los vestidos.

Un traje de estos, de poul de seda gris, lleva una primera falda de raso blanco toda guarnecida con un bordado punzó por arriba con trencilla que forma filete de plata en medio.

La segunda falda es gris tambien de poul de seda, recortada en cresta hacia el bajo, que se encuentra realzado con una cresta de tafetan punzó formando ondas. Sobre cada una de estas ondas cae un cequí de pasamanería plata y negro.

A cada lado una doble cartera de terciopelo punzó sostiene esta falda. Esta doble cartera no es mas que la prolongación de los pequeños costados del delantero y de la espalda, de un corselete de terciopelo punzó que forma arriba, por delante y por detrás, una vuelta cubierta de raso blanco, ligeramente bordado. Por arriba del corselete se

distingue un sub-corpiño blanco de raso bordado, como la falda; y luego un abullonado de tul termina la orla en torno de los hombros.

Primera manga de raso blanco toda cuajada de bordado; segunda manga gris, estilo pagoda, orlada con una cresta punzó en cuyas ondas caen cequíes de pasamanería negro y plata.

Nada mas original y elegante que este precioso traje de soirée.

Los tocados que se hacen para los bailes de la temporada son maravillas de gracia y de buen gusto.

Recientemente hemos admirado tocados de pensamientos enormes que producian el mas lindo efecto. El centro de cada flor era un diamante.

Las flores de crespon que se hallan muy en boga se hacen de blanco y color de rosa, rojo y blanco, etc.

Un precioso adorno de *poincetta* es de terciopelo rosa con follaje natural artísticamente coloreado. En cada pétalo hay un borde escarchado, y completan este adorno de cabeza unas cadenas de cristal.

Tambien los tocados de plumas de *ibis* con caídas de hojas artísticas ofrecen el doble hechizo de la novedad y de la elegancia. Se ven en ellos campanillitas de cristal y plumas verdes.

¿Y qué diremos de las joyas? Tambien aquí la moda se empeña en dictar sus leyes. Se hacen aderezos magníficos con brillantes, zafiros, perlas ó rubies. Hemos visto un aderezo fabricado para una señora de la alta aristocracia rusa, de una riqueza inaudita. El estuche encerraba unos pendientes de estilo egipcio, compuestos de esmeraldas orladas de perlas finas; un collar y alfileres de cuerpo del mismo género; y un brazaete compuesto de esmeraldas talladas en medios rombos muy ovalados, puestas en sentido contrario y rodeadas cada una de ellas de un cordón de perlas.

Hemos admirado igualmente, como una cosa nueva y de buen gusto, unos aderezos de onyx fino negro con vetas blancas, incrustado de chispas de brillantes y de rubies.

Finalmente, para acabar de probar que la moda en todo se introduce, citaremos los pañuelos de mano que llaman artísticos y en los cuales no se ve mas que encajes y bordados.

Estos pañuelos llevan los siguientes nombres:

Pañuelo abuela, pañuelo marquesa, pañuelo nuevo Imperio, pañuelo de las Estaciones.

El primero está rodeado de un encaje de Valenciennes á borde derecho, que recuerda los que llevan las aldeanas en la papalina, con tres anchos entredos de igual encaje, cortados á cuadros de batista mate.

El modelo marquesa está guarnecido de varias hileras de puntilla de Valenciennes, cosida á llano.

El pañuelo Imperio forma una lindísima mezcla de bordados y de encaje.

En cuanto á los pañuelos de las Estaciones, su nombre explica cómo son. En la primavera, los abejorros zumban en medio de las lilas; en el verano la mariposa nace la corte á las flores, las cigarras cantan entre los trigos, y en el otoño las abejas revolotean al rededor de las doradas uvas.

Por lo que hace al invierno, vemos al capricho bailando alegremente. Muchas son las creaciones que hay este invierno. Hé aquí un precioso pañuelo que representa ramajes despojados de hojas y sobre los cuales saltan los pajarillos; luego á todo esto suceden los cuadros, los rombos de batista, adornados de punto de Alenzon, de aplicación de Inglaterra, de guipure, etc.

En suma, es una variedad de ornato indescriptible.

Nuestro figurin de este número representa dos disfraces á la moda para baile de máscaras.

El primero es un traje de capricho del tiempo de Luis XVI, compuesto de una falda de seda fruncida con chaleco amarillo, sobretodo de seda, color oscuro, mangas angostas, cuello pequeño, grandes bolsillos á cada lado sobre el delantero, corbata de terciopelo. El sombrero es de fieltro adornado con plumas de colores y el guante de cabritilla.

El segundo es un disfraz de *cerf-volant* y se compone de varias faldas de tul blanco, sobre un viso ó transparente de tafetan blanco. Guirnalda de flores en la falda; y en el cuerpo *cerf-volant* de tafetan blanco orlado de tafetan de colores y adornado de flores, sujeto al cuerpo por detrás.

Tocado de flores y de cintas, y guante de cabritilla.

M. P.

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— ¿Quereis mas? preguntó Tirso al marqués.  
— ¡Oh! no.  
— Esto os hace mucho bien.  
— Ya lo sé.  
— ¿Y cómo os sentís?

— Mejor.

Tirso arregló las ropas del lecho.

— Quiero estar solo, le dijo al oído.

— Andrés, puedes retirarte: te llamaré cuando haga falta.

El criado, inclinándose con respeto, salió.

— Tú, quédate; murmuró el enfermo, mas bien con un signo que con la voz.

— Creí que tambien os molestaria mi presencia.

— Al contrario, deseo hablarte.

— Mas provechoso os seria descansar, ¿quereis dormir un rato?

— ¡Ay! el sueño hace muchos dias que huyó de mis ojos.

— Porque la exaltacion de vuestros pensamientos y el continuo recuerdo de lo pasado, no os permite dormir ni recobrar la salud.

— En cuanto á la imaginacion, es imposible sujetarla, y la memoria con todos sus detalles de esa horrible desgracia que se ha posado sobre mi frente, quiero que no se borre nunca de mi alma.

— ¿Y si ese deseo envenena vuestra existencia?

— No lo creas; antes apresura mi curacion.

— Vuestra curacion está en el olvido.

— Está en el recuerdo, porque hablo de la curacion moral, no de la física, esta le corresponde al médico.

— Ya comprendo.

— Cuanto mas sufro, me parece que amo menos á Clementina.

— ¡Vos dejar de amarla!

— Sí, para cambiarse el entusiasta delirio del amante en fraternal cariño.

— ¿Y confiais conseguirlo?

— ¡Oh! es un triunfo que tengo casi asegurado.

— Dios lo quiera.

— ¡Mira! me dice don Gil al final de su carta: « cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos. » Por eso mi único anhelo es ir y decirle: « aquí me teneis, padre mio. »

La respiracion del enfermo iba haciéndose mas libre y su fisonomía se revistió de una expresion plácida y melancólica.

Sacó el retrato de Clementina de entre los almohadones, y contemplándole con éxtasis, exclamó:

— ¡Hermana mia!

— Sí, vuestra hermana; ¡y cuán ciegos hemos estado al no sospecharlo siquiera!

— ¡Y quién lo habia de pensar!

— Cualquiera observador al mirar detenidamente vuestros rostros, porque os pareceis en extremo.

— ¿No me engañas?

— No, señor; ya antes me ha hecho Inés esta observacion, y ahora lo veo con claridad. El aire de familia, los ojos, la frente, y sobre todo, la expresion de vuestra fisonomía es idéntica.

— Así no lo dudaré.

— ¿Lo habeis dudado acaso?

— ¡Oh! no; pero la razon humana es á veces demasiado ligera en sus juicios, y pudiera suceder. Y dime, Tirso, dijo variando el giro de la conversacion; ¿tú, qué harias en mi caso?

— ¿Qué pensais hacer vos?

— Te lo diré en dos palabras. Curarme de mi amor, y cuando lo haya conseguido, irme á Valle-Real y decir á Clementina: « hermana mia, ya soy digno de la bendicion de nuestro padre y de tu fraternal afecto; ¿y tú, admities al hermano olvidando al amante por completo? »

— Lo propio haria vuestro humilde servidor.

— ¿Luego apruebas mi pensamiento?

— ¡Cómo no aprobarle, si es tan noble!

— Gracias, amigo mio; tú me ayudarás á conseguir esta curacion penosa.

— Tendré en ello un vivo placer.

— Bien, ahora hablemos de tí. ¿Has sabido de Inés?

— Tengo carta todos los dias.

— Es preciso que pienses en tu casamiento.

— ¡Ah! señor, yo solo quiero pensar en vos y en vuestra felicidad.

— Es que desde hoy mi felicidad consiste en labrar la de los que me rodean; y ya que tu enlace no pueda verificarse cuando el mio, quiero se haga cuanto antes para que Inés nos acompañe á Valle-Real y sea la dulce compañera de mi querida hermana.

— En ese caso disponedlo cuando gustéis.

— Voy á levantarme: me encuentro muy bien y escribiré á la señora Genoveva pidiéndole la mano de su hija y ofreciéndola al propio tiempo, como padrino que seré de la boda, un dote respetable, el cual me ayudará á vencer su oposicion, ¿no te parece?

— Lo que gustéis, señor; ¡sois tan bueno para mí!...

— ¡Pues y tú! ¿en quién encontraría yo el afecto y la lealtad que en mi querido Tirso?

— Cumpro con mi deber.

— O con los instintos de tu generoso corazón. En fin, déjame hacer, y antes de ocho dias serás esposo de Inés. Aquí cesó la conversacion de los dos interesantes y nobles jóvenes.

El marqués continuó animándose por grados al parecer; su espíritu le engañaba; empero la cruel enfermedad que padecia iba minando poco á poco su existencia.

Fiel siempre á su palabra y deseando que Tirso fuera feliz, dispuso todo lo necesario, y á los ocho dias justos de la conversacion que acabamos de referir, se celebraban en la capilla del palacio los desposorios de los venturosos jóvenes, que con la efusion del agradecimiento mas puro bendecian á su generoso protector.

La señora Genoveva lloraba de gozo abrazando á su

nuevo hijo y casi arrepentida de la injusta oposicion que habia hecho á un enlace que hizo la dicha de su hija.

Dolores fingió tambien mucha alegría, la cual contrariaba la maligna expresion de su semblante y la torriaba la maligna expresioojos, en los que siempre se leia la envidia y el egoismo.

Dos dias despues de la ceremonia, dijo el marqués á Tirso:

- Amigo mio, llegó el momento de la partida.
- ¿Y dónde vamos, al extranjero?
- A Valle-Real.
- ¿Luego estais completamente curado?
- Ni raiz queda de mi funesta pasion.
- Entonces vamos cuando gustéis.
- Mañana al amanecer.
- Corriente.

El marqués parecia muy satisfecho de su resolucion: empero las huellas de una muerte prematura estaban impresas en su rostro.

## LXIX.

## LA CARTA.

## XIII.

Estamos otra vez, lectores míos, en la hermosa quinta de don Gil á las orillas del caudaloso y cristalino Tajo. Habian pasado los primeros meses del verano, y en los últimos dias de agosto en que volvemos á visitar tan amenos parajes, ya no ofrecen sus campos la magnífica alfombra de verdor, ni es tan risueño como en mayo su florido aspecto, hallándose agostada la vegetacion por un sol canicular y terminada casi de un todo la recoleccion de cereales.

Serian las seis de la mañana, y ya en casa de don Gil se notaba las continuas salidas y entradas de los criados, preparándose á sus faenas domésticas.

El anciano ocupaba un ancho sillón de baqueta que habia mandado colocar debajo del emparrado, desde cuyo sitio presenciaba todas las operaciones y examinaba con cuidadoso interés un grupo, que escondido entre el follaje, distinguíase á la derecha de la quinta.

Mucho debió afectarle la inmensa desgracia que abrumó de nuevo su cabeza, pues su rostro, notablemente pálido y enflaquecido, demostraba las huellas de un pesar desgarrador; su pesadez, lo tardó de sus movimientos y lo encorvado de su cuerpo, denotaban que habian hecho en su noble ánimo mas impresion los disgustos y la desventura de su nieta que los años con su marcado y lento paso.

La pobre Clementina seguia loca; habiala abandonado la razon en un momento de exaltacion nerviosa ocasionada por un golpe terrible, y aunque don Gil hizo ir á Villacotin los mejores médicos de la corte, no consiguieron devolvérsela, siendo la ciencia ineficaz para salvar á la infeliz jóven. Opinaron, sin embargo, que acaso con el tiempo volveria á la razon, ó quizá llegando á sentir otra sacudida tan fuerte como la que ocasionó su trastorno.

Entonces, y perdiendo completamente la esperanza, se retiró con la pobre Clementina á Valle-Real, abrigando quizá la remota idea de que si en aquellos valles donde habia sido tan feliz no encontraba una completa curacion, hallaria un alivio por lo menos. Y no se engañó en su juicio; pues Clementina desde que se trasladaron á la ribera, no volvió á sentir los frenéticos y desesperados accesos que la acometieron en Villacotin, degenerando su locura en una monomanía pacífica y tranquila, pero en extremo dolorosa para los que estaban á su lado viendo continuamente aquel delirio y aquel constante extravío de su razon.

Escuchemos la conversacion de don Gil con el mayordomo, y nos enterarán mas minuciosamente de la triste situacion de unos y de otros.

— Mira, Pedro, ven; me apoyaré en tí.

— ¿No estais bien, señor? dijo el marido de Marta aproximándose.

— Sí; pero quiero contemplar de cerca á la infeliz.

— Ahora está tranquila, desde aquí se la ve sentada á la sombra de aquel árbol, tejiendo como siempre sus coronas de siemprevivas.

— ¿Es mucha manía! ¿Cuántas coronas tendrá hechas desde que vinimos!...

— ¿Y qué quereis! mas vale que se ocupe en eso; y no es poca la mejoría que hemos conseguido, siquiera no la vemos furiosa y con aquellos accesos que la acometian, dejándola por fin sin fuerzas para sostenerse.

— Tienes razon; mas tambien es doloroso ver que no me conoce ni recuerda nada de vosotros, ni de estos sitios, dominada por una idea única, solo en ella piensa y no hay otros objetos que la puedan distraer.

— De su desgraciada madre tampoco se olvida; siempre la está nombrando, y de las coronas que teje tiene buen cuidado de separar una todos los dias para colocarla en su sepulcro.

— ¿Y todas las demás para Alberto... siempre Alberto!...

— Se ha fijado en esa idea y es la base de su locura; cuando escuchó que eran hermanos, debió comprender que habia muerto para ella, y al sufrir el trastorno mental, lo tradujo porque habia muerto para el mundo tambien, y no será posible hacerla comprender otra cosa.

— Y dime, ¿qué se sabe del marqués?

— Todos los dias veo á su mayordomo y da muy pocas

cas esperanzas; dicen que está animado y alegre á veces, pero su palidez y su salud cada dia van decayendo mas y mas. Acaba de ser padrino de la boda de su secretario y se ha mostrado al parecer muy satisfecho. Y á propósito, ahora que hablamos de él, por allí viene su mayordomo.

— ¿Es verdad! y se dirige hácia aquí.

— Acaso me busque, voy á ver, dijo Pedro saliéndole al encuentro.

A poco rato llegaron ambos á la presencia de don Gil.

— Muy buenos dias, señor don Gil, ¿cómo va?

— ¡Hola! ¿Remigio, cómo por aquí? le contestó el anciano despues de haber correspondido á su atento saludo.

— Sí, señor; vengo á informarme de la salud de la señorita, de la vuestra, y á traer esta carta de mi amo.

— La señorita sigue lo mismo, á veces está los dias enteros tejiendo coronas ó sentada sobre la arena escribiendo un nombre que borra y vuelve á poner millones de veces, sin hallar ni un solo momento monotonía en su ocupacion.

— ¿Y vos, cómo os encontrais?

— Yo, cada dia peor; voy perdiendo las fuerzas y la agilidad: hace dos meses á nadie necesitaba para manejar, y hoy no puedo moverme sin el auxilio de un baston y del brazo de Pedro. ¿Cómo ha de ser, sufrimientos de la vida humana!

— Tambien teneis mucha edad.

— Sí, es cierto; pero en mí han hecho mas mella los disgustos que los años.

— Pues la salud del marqués no creo que sea muy buena; sin embargo, parece que está muy alegre y espera restablecerse respirando estos aires.

— ¿Luego se ha decidido á venir?

— Sí, señor; le esperamos de un momento á otro; en esta carta os lo dirá.

— Voy á leerla, dijo don Gil abriéndola y poniéndose las gafas.

Hé aquí su contenido:

« Padre mio: Al daros este dulce nombre, comprendereis que soy digno de vuestro paternal cariño y del fraternal afecto de mi hermana. ¡Oh! sí, creedlo; una lucha atroz ha sostenido mi débil naturaleza, y por fin conseguí salir triunfante, teniendo el inmenso placer de haber visto trasformarse mi delirante pasion en un afecto puro, dulce y tranquilo, como el ténue suspiro de las brisas matinales.

» En este convencimiento voy á Valle-Real á pasar mis dias á vuestro lado, esperando que, segun vuestra oferta, recibireis con los brazos abiertos á vuestro afectísimo hijo,

» ALBERTO. »

El anciano, conmovido en extremo, cerró la carta, y con un acento en que se traslucia su viva emocion, preguntó á Remigio:

— ¿Y decis que su salud no es muy buena?

— Por lo menos los médicos no dan esperanza.

— ¡Infeliz! murmuró el anciano enjugándose una lágrima. ¡Acaso en esto que llama triunfo haya gastado todas sus fuerzas y le cueste la vida!...

Remigio, despidiéndose de don Gil, pidió permiso para ir á saludar á Clementina, el que le fué otorgado sin inconveniente.

Cuando quedaron solos, dijo el anciano á Pedro.

— El marqués vendrá esta tarde y es preciso preparar á Clementina. Los médicos me dijeron que quizá una emocion tan fuerte como la que sufrió al perder la razon, se la devuelva; veremos si la presencia de Alberto obra este milagro. En cuanto á su pasion, nada debemos temer; él viene curado y ella siempre está nombrándole hermano, sin acordarse de sus amores y conservando fija la idea de su sagrado é íntimo parentesco.

— Como que hirió su corazon hasta el punto de trastornarla.

— Vamos, Pedro, ayúdame; iremos preparando el terreno: luego combinaremos con Alberto el medio de proporcionar su entrevista de la manera mas conveniente y que le produzca mas efecto.

— No os incomodeis, señor; Clementina viene hácia aquí con Marta, dijo Pedro haciendo sentar nuevamente al anciano.

La anciana y fiel nodriza seguia á la jóven con amarga tristeza, y de vez en cuando enjugaba con la punta de su delantal una lágrima furtiva pronta á rodar á lo largo de su megilla.

Clementina la sorprendió en uno de estos movimientos, y volviéndose hácia ella exclamó:

— ¿Por qué lloras?

— Porque te quiero mucho, hija mia.

— ¿Y quién eres tú para quererme á mí?

— Soy Marta, ¿no me conoces?

— No; todos pretenden engañarme, ninguna de las personas que me amaban están á mi lado, huyeron tras de mi abuelo, amedrentadas sin duda por el estruendo de esa perenne tempestad que ruge sobre mi cabeza.

Marta volvió á enjugar otra lágrima.

En tanto la pobre loca, vestida de blanco, con los cabellos en desórden, se fué acercando al emparrado.

## LXX.

## DEMENCIA.

## XIV.

No es ya Clementina aquella hermosa y esbelta jóven

que hemos conocido junto al árbol de la esperanza. Volvemos á verla apenas transcurridos tres meses en un estado lamentable y desconsolador.

Es solamente la sombra de aquella mujer seductora. Pálida, demacrada, y tan flaca, que da lástima verla; su tez parece de nácar, resaltando solo en su movable fisonomia sus hermosos ojos negros y rasgados, que lejos de perder su fulgor han adquirido un brillo febril y una expresion particular que demuestra la terrible enfermedad que abate á la desgraciada jóven.

La palidez de su cutis se confunde con la blancura de su larga túnica de batista que lleva ceñida á la cintura con una cinta de raso azul. Los flotantes rizos de sus cabellos caen en desórden por la espalda, y agitados suavemente por la brisa, tocan á veces aquella frente abrasadora que se inclina agobiada bajo el peso de un pensamiento cruel.

— ¡Clementina! hija mia, ¿dónde vas? dijo el anciano con melancólico tono viendo que pasaba á su lado sin detenerse.

— ¿Quién eres tú, á qué me llamas? Voy á buscar unas cintas para concluir estas coronas.

— Siéntate aquí y hablaremos.

— ¡Oh! no; la hora sonará y debo llevarlas terminadas al sepulcro de Alberto y al de mi madre.

— No importa, Clementina, siéntate, yo traeré cintas; dijo Marta comprendiendo una seña de don Gil.

Pedro la presentó una silla.

— Siempre os empeñais en contrariar mis deseos; sin duda mi abuelo, resentido por mi desobediencia, os ha puesto á mi lado con encargo de atormentarme.

— No digas eso, hija mia, tu abuelo te ama con delirio y solo desea tu bien, exclamó don Gil enjugando una lágrima.

— Tú no habrás conocido á mi abuelo: ¡Ah, era tan severo... tan inexorable... yo le hubiera dicho, quiero á mi Alberto... pero no podia... su mirada imponente me aterraba... entonces eché á correr con Inés, íbamos por el campo, los relámpagos iluminaban el camino... los truenos causaban en los aires una confusa armonía. ¡Ay! de repente una voz salida de entre las densas nubes nos gritó: ¡Sois hermanos!... ¡hermanos! repetian los ecos y las montañas, ¡hermanos! gritaron nuestros labios con terror. Alberto se llevó las manos al pecho, un rayo de la tempestad debió herirle, porque murió sin decirme adios... ¡ya no me amaba!... ¡y yo á él sí, era mi hermano, y yo pobre huérfana solitaria en el mundo, me así á tan dulce y fraternal afecto y le quiero como á mi madre... á los dos les llevo coronas y ellos en el cielo ruegan á Dios por la triste Clementina!...

— Pero no has llorado por su muerte; nunca he visto lágrimas en tus ojos; dijo don Gil conociendo cuán benéfico seria para ella un llanto copioso.

— ¡Llorar, ay, si no puedo... parece que mi corazon se ha petrificado y nada siento!...

— ¡Infeliz! murmuró el anciano, luego cogiendo las manos de la pobre demente y atrayéndola hácia sí, exclamó: ¿Y quisieras ver junto á tí á tu abuelo y á tu hermano?...

— ¡Ay, si quisiera! pero ofendí tanto á mi buen abuelo, que irritado contra mí se marchó para no volverme á ver jamás, no vuelve, ni quiere perdonar mi crimen.

— Sí, te perdona y te ama.

— ¡Me ama, y no viene!...

— Vendrá muy pronto con Alberto.

— ¡Con Alberto!

— Sí, Dios en su infinita bondad ha permitido que no muera; viene á verte como un hermano cariñoso, y para mas consuelo te trae el perdon y las caricias de tu abuelo.

— ¿No me engañas?

— ¡Engañarte! no por cierto.

— ¿Y cuándo vendrán?...

— Esta noche te aguardan en la ermita, con Tirso y con tu amiga Inés.

— Pues no llevo las coronas hasta luego; mira, guárdamelas en una caja.

— Bien, tráelas y vente conmigo á descansar un rato, ¿quieres? dijo Marta.

— ¡Descansar! ¿y para qué?

— Porque el sueño fortifica los sentidos y devuelve á las megillas el sonrosado color de la juventud; tú estás pálida y debes dormir para que Alberto te encuentre hermosa.

— Tienes razon; yo quisiera dormir y no puedo, lo mismo que las lágrimas, el sueño buye de mis ojos, ¿y sabes por qué es?

— Dimelo...

— Porque la tempestad ruge sobre mi cabeza y me espanta... ¿oyes el ruido del trueno?... ¡ay, ven, ven... me estremezco... y el cárdeno fulgor de los relámpagos hiere la vista... ven... vámonos!...

Cubriéndose la cara con las manos, y como si realmente oyese la tempestad, echó á correr la desgraciada escondiéndose en su habitacion con las ventanas cerradas, donde permaneció casi todo el dia silenciosa y triste.

Don Gil, apenas le anunciaron la llegada del marqués, se trasladó en su carruaje al palacio de Valle-Real. La entrevista fué tierna y sentida, y en extremo afectuosa por parte de ambos, esforzándose uno y otro en demostrar sus sentimientos, y acordando por último, el modo de causar un efecto grande en Clementina, á ver si hiriendo su imaginacion de una manera impresionable y fuerte conseguian volverla á la razon.

El noble anciano, despues de unas cuantas horas que pasó cerca del marqués, se retiró á su casa con la dulce

y consoladora esperanza de salvar á su nieta, y con el corazon traspasado, porque en el pálido y macilento rostro de Alberto, vió impresas las terribles huellas de una enfermedad incurable, y adivinó que tras aquella sonrisa, escondia la muerte su iracundo y torbo ceño.

— ¡Tan jóven y morir! murmuró don Gil con dolorido acento, cuando en camino ya de su quinta se halló solo con Pedro.

— ¿Tan malo le encontrais?

— Sí, Pedro; ese infeliz vivirá solamente lo que las hojas en los árboles. Mira, ya todos esos arbustos que guarnecen la ribera medio agostados por un sol estival, en breve los aquilones de otoño arrastrarán seca y marchita su pomposa hojarasca, entonces tambien el cierzo helado de la inexorable parca llevará en pos de sí el

vital aliento del noble jóven, poco hace tan gallardo y animoso.

— ¡Infeliz! murmuró el mayordomo condolido, y ambos, bajando la cabeza con amarga melancolía, penetraron en la florida y risueña quinta.

Marta, llorando, les salió al encuentro.

— ¿Qué hay? preguntó don Gil.

— ¡Oh, Dios mio! no puedo con ella; permanece escondida en el rincón mas oscuro de su cuarto, siendo inútiles mis esfuerzos para hacerla tomar alimento ninguno.

— ¿Y habla de la venida de Alberto?

— Son las únicas palabras que la oigo pronunciar; dice que está rezando para que su hermano y su abuelo vuelvan pronto, y perdonándola hagan alejar esos

horribles truenos que la acongojan y amedrentan.

— ¡Oh! pues nos hemos salvado; haz que siga alimentando esa idea, y esta noche apenas las primeras sombras comienzen á enlutar los campos, la llevais á la ermita de Villaverde; allí estaré yo con el marqués.

— Bien, señor, sereis obedecido.

— Y ahora déjala tranquila.

— ¿Oyes? te llama; dijo Pedro escuchando la voz de la jóven.

En efecto, sentíase en el fondo de un gabinete la temblorosa voz de la infeliz que gritaba:

— ¡Ven, ven, no me dejes sola... los relámpagos me ciegan, y el ronco ruido del trueno me espanta!... ¡Corre... corre, ya viene mi abuelo y Alberto; sí, sí, ellos me salvarán!...



Una administracion de loterias en Roma.

LXXI.

SALVACION Y MUERTE.

XV.

La ermita de Villaverde hallóse adornada de flores y multitud de luces al anoecer del día en que debían verse los dos hermanos.

Varias personas se ocultaban en uno de sus ángulos, aguardando la llegada de otras que no debían tardar. Con efecto, el ruido de un coche se sintió á lo lejos, y poco despues Clementina, asida del brazo de un jóven y entendido médico que acompañó al marqués desde Madrid, penetraron en el pórtico del santuario.

Marta y Pedro iban detrás llevando en graciosos canastillos infinidad de coronas y enormes ramos de frescas y perfumadas flores.

— ¡No hay nadie! murmuró Clementina tendiendo la asombrada vista en su derredor.

— Es temprano; no tardarán en venir, la dijo el médico; ¿quereis orar entre tanto?

— Sí; pero tengo miedo.

— ¿De qué?

— De la tempestad que ruge en lontananza.

— Si está el cielo sereno y no empaña el brillo de las estrellas la mas pequeña nube; ¿no lo habeis visto?

— ¿No sentís el ruido?

— Es que vuestra exaltada fantasía confunde el rumor de un carruaje que se acerca con el estridente y prolongado del trueno.

— ¿Luego lo que escucho es el coche de Alberto?

— Tal creo.

— ¡Oh! corramos á su encuentro.

— Deteneos.

— Pero si mi corazon y mi alma vuelan hácia ellos.

— Y si salís al campo no los vais á conocer con la oscuridad de la noche.

— ¡Os engañais, tengo tan grabadas sus facciones!...

— Lo creo; mas han cambiado mucho desde que no los veis. Alberto y vuestro abuelo han hecho un largo viaje, y vuelven enfermos, muy enfermos.

— ¿Y no los conoceré?

— Su palidez y demacracion es tan intensa, que os obstará trabajo recordar sus facciones de otros días...

— ¡Oh, madre mia! exclamó Clementina arrodillándose ante el sepulcro de su madre.

Sentíase abogada por una viva emocion; el médico lo conoció y la dijo:

— ¿Os sentís mal, juzgais haber causado la enfermedad de Alberto y de vuestro abuelo?

— ¡Tengo pena... y quiero que me perdone!

(Se continuará.)

### La lotería en Roma.

El juego de la lotería se halla muy en boga entre los romanos. Hé aqui un dibujo que representa la administracion de la plaza de San Eustaquio, cerca del Mercado, esto es, en el barrio mas populoso de la ciudad. Los establecimientos de esta clase abundan en Roma; por todas partes atraen las miradas con su profusion de jugadas y combinaciones de números que ostentan en sus paredes, sin contar con que en el fondo de la tienda hay una gran serpiente de hojalata en la que está escrita esta fórmula mágica: *los premios se pagan en el acto*. El pueblo romano se entrega con alegría á este juego que hace tantos dichosos, si no siempre en la realidad, al menos mientras dura la esperanza de que se puede ganar el premio gordo. Z.